

# Problemas actuales en la interpretación de las industrias del Paleolítico superior cantábrico: algunas reflexiones

MARÍA SOLEDAD CORCHON RODRÍGUEZ

En la actualidad, la documentación sobre la problemática que nos ocupa es abundante. Se han realizado numerosas monografías y trabajos de síntesis sobre las diversas etapas estratigráfico-industriales de nuestro Paleolítico superior cantábrico, y publicado los resultados de las modernas excavaciones (Morín 1973, Tito Bustillo 1976, Las Caldas 1981, Rascaño 1981, Abauntz 1982, Ekain 1984, entre otras), que en muchos casos permiten evaluar no sólo amplias secuencias de niveles, sino también el desarrollo local de estas industrias. También se han publicado en los últimos años los resultados de algunas de las antiguas excavaciones de yacimientos de excepcional importancia por la amplitud de sus depósitos (La Paloma 1981, El Pendo 1980, El Castillo 1984).

Por ello, parecería una tarea factible el formalizar unas bases sólidas en la clasificación de las industrias y la interpretación de la secuencia general del Paleolítico superior cantábrico, analizando simultáneamente los modelos de poblamiento y su relación con los modos diferenciados de explotación de los recursos en cada yacimiento.

Esta tarea, que ya se comienza a hacer (son modélicos en este sentido los estudios realizados en Rascaño y, más recientemente, en Ekain), parece verse dificultada, sin embargo, en el primero de los aspectos apuntados por varios factores. Uno de ellos parece ser la inadecuación de los sistemas de clasificación usuales, que imponen una periodización en fases sucesivas, extraída de secuencias estratigráficas obtenidas en el primer cuarto de siglo.

De este modo, la secuencia general del Paleolítico cantábrico se identifica con una o con varias secuencias estratigráficas obtenidas en otros tantos yacimientos-modelo, frecuentemente extra-cantábricos. Ello responde también a una rígida concepción unilineal en el discurrir de los aspectos técnicos, tipológicos y artísticos, que denominamos «industrias» o «complejos industriales». Además, hoy es un hecho comprobado que tales fases son, en muchos casos, contemporáneas y no sucesivas, y en otros se prolongan ampliamente en el tiempo con características locales. Finalmente, la tipología se ha revelado en ocasiones insuficiente o contradictoria con las dataciones o con los análisis del entorno físico para la clasificación de las industrias, que de este modo es frecuentemente inestable. En esta cuestión los estudios cronoestratigráficos y paleoecológicos de los yacimientos susceptibles de proporcionar un esquema general son aún muy escasos, echándose en falta la sistematización global de los resultados a escala regional, especialmente en lo que se refiere a las primeras etapas.

No es nuestro propósito esbozar aquí esa síntesis, sino únicamente apuntar algunas reflexiones sobre la incidencia de esas cuestiones en la valoración de las industrias cantábricas<sup>1</sup>.

## I. PROBLEMÁTICA DEL PALEOLÍTICO SUPERIOR INICIAL

La investigación ha venido tratando con frecuencia la problemática que rodea los inicios del

<sup>1</sup> Algunas de las ideas que se exponen a continuación han sido desarrolladas más ampliamente, con especial referencia al Arte mueble, en una monografía, cf. CORCHÓN, S.: *El Arte*

*mueble paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno* (en prensa).

Paleolítico superior cantábrico, desde el punto de vista de sus relaciones con los complejos industriales anteriores. Pero raramente se relaciona esta cuestión con el problema, aún por estudiar, de los antecedentes y aparición del Arte paleolítico. No pretendemos abordar aquí esta temática sino sólo, como referencia para delimitar las primeras industrias del Würm reciente, aludir al Arte mueble. En este ámbito, la plasmación de las formas de la realidad exterior en símbolos más o menos abstractos, como algo diferente de las realizaciones tecnológicas o de la simple recogida de curiosidades, es un fenómeno tardío en la costa cantábrica, que irrumpe bruscamente en el Auriñaciense típico, como algo ya plenamente formado. Sin antecedentes conocidos en las primeras industrias locales, en sus comienzos está restringido al centro de la costa, coincidiendo precisamente con el área de distribución de las facies locales musterienses poseedoras de una tecnología más desarrollada en el trabajo de las materias de origen orgánico (el Charentiense y el M.T.A.), las mismas que en Europa occidental muestran los indicios pre-artísticos más notorios<sup>2</sup>.

Sin embargo, la desconexión entre el Arte auriñaciense y estos indicios es manifiesta. Por una parte, estas industrias no son las que subyacen estratigráficamente al Paleolítico superior local, sino que es el Musteriense de Denticulados. Este, con colecciones numerosas (n. 17 inf. y 12-11 en Mo-

rín; XVI, XII-XI y VIII d en El Pendo, y D o 7-6 en El Conde)<sup>3</sup>, globalmente está situado en el Würm II y II/III, pero algunos niveles parecen ser tardíos, posiblemente ya sincrónicos del Chatelperroniense y Auriñaciense antiguo cantábricos, a comienzos del Würm III (Pendo). Pero, para valorar adecuadamente esta posición cronoestratigráfica, hay que tener en cuenta que ni el Chatelperroniense evolucionado, ni menos aún el citado Auriñaciense (que no parece haber sido, además, bien distinguido del Musteriense de denticulados, en el n. VIII b del Pendo)<sup>4</sup> pueden tener su origen en este tipo de Musteriense, del que difieren tipológica y técnicamente<sup>5</sup>. Y, por otra parte, estas colecciones musterienses son parcas en manifestaciones tecnológicas o pre-artísticas tendentes al Paleolítico superior<sup>6</sup>.

En cambio, recientemente se ha mencionado en el área mediterránea un hueso grabado con una serie de incisiones transversales, en un contexto musteriense rico en denticulados, así como un colmillo de lince perforado en la raíz, en otro más reciente, con una estructura equilibrada en tipos que recuerda al Musteriense típico final<sup>7</sup>. Estos dos elementos —objetos preparados para la suspensión y trazos seriados—, constituyen el núcleo del Arte mobiliar más antiguo, pero en este contexto valenciano hay que esperar para valorar estos datos a la ampliación de estos primeros trabajos preliminares.

<sup>2</sup> Sobre los primeros ensayos de grabado de series lineales ordenadas y de elementos perforados en las colecciones charentienses (Ferrassie, L'Ermitage), Proto-Charentienses (Las Grajas) o de Musteriense de tradición achelense (Morín) y Musteriense típico (Pech de l'Azé II), cf. BORDES, F.: *Le Moustérien de l'Ermitage*, «L'Anthrop.», 58, 1954, pp. 444-449; PRADEL, L.: *Le Moustérien évolué de l'Ermitage*, Ibid., pp. 441-442. PEYRONY, D.: *La Ferrassie*, Prehistoire, III, 1934, pp. 21-24, fig. 25: 1. HEIM, J. L.: *Les Hommes fossiles de La Ferrassie*, «A.I.P.H.», 35, 1976, p. 26, fig. 9-b. BENITO, L.: *Hueso grabado y hueso perforado en el Musteriense de la Cueva de Las Grajas, en Archidona (Málaga)*, «Studia Zamorensia», 5, 1984, pp. 241-248. FREEMAN, L. G. - GONZÁLEZ ECHAGARAY, J.: *Tally-Marked bone from Moustérian levels at Cueva Morín (Santander, Spain)*, «Hom. Prof. Almagro», Madrid 1983, pp. 143-147. BORDES, F.: *Os percé moustérien et os gravé acheuléen du Pech de l'Azé II*, «Quaternaria» XI, 1969, p. 2.

<sup>3</sup> GONZÁLEZ ECHAGARAY, J.: *Problemas estratigráficos del Paleolítico de la región cantábrica*, «XL Aniv. del C.E.M.», III, 1976, pp. 272-273. FREEMAN, L. G., *Ocupaciones musterienses*,

en: «El yacimiento de la Cueva de El Pendo», Madrid 1980, pp. 31-74. VEGA, G.: *Los problemas del Paleolítico medio en España*, «Hom. al Prof. Almagro»..., pp. 115-130.

<sup>4</sup> HOYOS, M. - LAVILLE, H.: *Nuevas aportaciones sobre la estratigrafía y sedimentología de los depósitos del Paleolítico superior de la cueva de El Pendo (Santander): sus implicaciones*, «Zephyrus» 34-35, 1982, p. 290.

<sup>5</sup> GONZÁLEZ ECHAGARAY, o. y pp. cit. BERNALDO, F.: *Los inicios del Paleolítico superior cantábrico*, Madrid 1982, p. 209. Las diferencias analizadas por los autores no permiten postular un origen local para este Chatelperroniense, que alcanzaría el litoral ya plenamente formado.

<sup>6</sup> Únicamente en el n. 5 del Conde se ha señalado una costilla de cérvido con incisiones en un borde, pero al tratarse de un nivel arbitrario con mezcla de Musteriense de denticulados (n.D) y Auriñaciense (n.C) no cabe valorar el dato. FREEMAN, L. G.: *Contribución al estudio de niveles paleolíticos de la cueva del Conde (Oviedo)*, «B.I.D.E.A.», 90-91, 1977, pp. 477-488.

<sup>7</sup> ITURBE, G. - CORTELL, E.: *Cova Beneito: avance preliminar*, «Saguntum», 17, 1982, pp. 9-44 y figs. 22:10 y 2:12.

Cronoestratigráficamente, la mayoría de los niveles chatelperronienses franceses se sitúan en una fase fría, a comienzos del Würm III, aunque en algunos lugares se encuentra Chatelperroniense antiguo ya en el Würm II/III, como evidencia la amplia secuencia de la Grand Roche de la Plématrie (Vienne). Aquí se suceden un Chatelperroniense arcaico y otro antiguo interestadiales, y uno evolucionado de la base del Würm III<sup>8</sup> (cf. cuadro I). En otros yacimientos, estas industrias coinciden con una fase inestable a comienzos del Würm III, moderadamente templada (Fase II de Paquereau). En esta misma fase se sitúan también ya industrias aurifiacienses arcaicas (La Laouza, Esquicho-Grapaou) o el Aurifiaciense de base del Abri Pataud, datado en 34.000 BP<sup>9</sup>. En los Pirineos, el Chatelperroniense se desarrolla en una fase templada (Gatzarría, Basté, aquí con una tasa de arbolado en torno al 25 %), a fines de Henguelo-Les Cottés, persistiendo en la fase fría siguiente (base del n.S-III de Isturitz), en la que, asimismo, está situado el Chatelperroniense cantábrico.

El Chatelperroniense peninsular es una industria escasa, con una distribución muy significativa. Existen indicios aislados en ambos extremos de los Pirineos (n.X de Ekain en Guipúzcoa, Santimamiñe en Vizcaya, y Reclau-Viver en Gerona), así como en el centro de la costa (cueva del Cudón en Santander). Niveles explícitos, en cambio, sólo se encuentran en Morín y El Pendo (Santander), y en curso de excavación en Amalda (Guipúzcoa)<sup>10</sup>.

Ciñéndonos al Cantábrico, se trata de una industria tardía, sincrónica del Chatelperroniense II francés (n. 8 de Roc de Combe o E de La Ferras-

sie). En el Pendo coincide con el máximo de frío de toda la secuencia (n. VIII, con Aurifiaciense y Chatelperroniense) y en Morín, aunque el polen no es significativo, en este nivel 10 se documentan procesos de gelivación. Este horizonte, necesariamente posterior a Henguelo-Les Cottés (por tipología, y por su posición cronoeestratigráfica) se corresponde en el tiempo con la Fase III de Paquereau o Perigord II de Laville, en la que, sin embargo, están situados ya un gran número de niveles con Aurifiaciense típico en Francia<sup>11</sup>.

Desde esta perspectiva, nuestro Chatelperroniense está desconectado del francés de la Dordogne, Cuenca de París o Pirineos en el tiempo, y también por sus características industriales. Son bien conocidas las evidencias que muestran cómo el Chatelperroniense del Centro y S.O. de Francia se enraiza localmente en el M.T.A.(B) y en el Musteriense final-Postmusteriense (Arcy), en un proceso que contempla el aumento del porcentaje de hojas y útiles tipo Paleolítico superior, y simultáneamente la pérdida gradual de los elementos musterienenses (bifaces, técnica levallois, raederas), y el incremento de los cuchillos de dorso. Pero no cabe obviar la real falta de uniformidad y de sincronismo en el proceso de transición del Paleolítico medio al superior en Europa. Así, en el Mediterráneo occidental, aunque no llegue a estar totalmente ausente, el lugar del Chatelperroniense lo ocupan, por una parte, un Musteriense tardío (Micromusteriense de la cueva de Oullins, situado en los depósitos crioclasticos de la base del Würm III, y en la Baume Bonne un Musteriense tardío parece haber perdurado hasta pleno Würm III). Y por otra, un Aurifiaciense también muy antiguo (Esquicho-Grapaou, 31.850 BP)<sup>12</sup>. Y en el Medite-

<sup>8</sup> LEVEQUE, F. - MISKOVSKI, J. - C.: *Le Castelperronien dans son environnement géologique. Essai de synthèse à partir de l'étude lithostratigraphique de la grotte de la Grande Roche de la Plématrie (Quinçay, Vienne), et d'autres dépôts actuellement mis au jour*, «L'Anthrop.», 87, 1983, pp. 369-391.

<sup>9</sup> PAQUEREAU, M.: *Florets et climats du Würm III dans le Sud-Ouest de la France*, «Quaternaria», XX, 1978, pp. 123-268; corresponde a la segunda mitad del Perigord I de: LAVILLE, H.: *Climatologie et Chronologie du Paléolithique en Périgord*, Burdeos 1975, pp. 376-378. CLEROYER, LEROY-GOURHAN, Arl. *Problemes de cronologie: le Castelperronien et l'Aurignacien*, «B.S.P.F.», 80, 1983, pp. 41-44.

<sup>10</sup> GONZÁLEZ ECHAGARAY, J. et alii: *Cueva Morín. Excavaciones 1969, Santander 1971; Ibid., El paso del Paleolítico medio al superior en la costa cantábrica*, «Anuario de Estudios

Atlánticos», 15, 1969, pp. 273-279. Ibid. et alii, *El yacimiento de la Cueva de «El Pendo»...* ALTUNA, J. et alii: *Carta arqueológica de Guipúzcoa*, «Munibe», 34, 1982, p. 69; Ibid., *El yacimiento prehistórico de la cueva de Ekain (Deba, Guipúzcoa)*, San Sebastián 1984, p. 24 y 96-98 (lecho 44).

<sup>11</sup> En este sentido resultan excesivamente antiguas tanto la cronoeestratigrafía propuesta para el n. 10 (Chatelperroniense) como para el 9 (Aurifiaciense antiguo) de Morín, a finales del Interestadio de Henguelo (y también la del n. 8, en el período inestable siguiente), cf. CLEROYER-LEROY-GOURHAN, o.p. cit. Las dataciones del tramo 9-8 (26.565 y 26.480) tampoco se ajustan a esa antigüedad sino a Arcy.

<sup>12</sup> BAZILE, F.: *Datations absolues sur les niveaux paléolithiques supérieurs de la grotte de l'Esquicho: Grapaou (Saint-Anastase, Gard)*, «B.S.P.F.», 73, 1976, pp. 205-207.

rráneo central y oriental, su lugar está ocupado por industrias autóctonas derivadas del Musteriense, como el Uluzziense o de raíz distinta del Chatelperroniense. Por ello, en el caso del Cantábrico parece más lógico buscar su raíz en los núcleos pirenaicos próximos. En este sentido, ya la investigación viene apuntando un probable foco de desarrollo local en el Alto Garona, en los Pirineos centrales, donde este proceso se habría realizado *in situ*, a partir de un Musteriense final con abundantes denticulados.

Estos asentamientos chatelperronienses (Gargas, Tambourets, St. Pierre d'Irube, Isturitz, Gatzarría, Basté) con un alto porcentaje de útiles musterienses (Gargas, Le Portel, St. Pierre d'Irube, Gatzarría) o, a la inversa, los niveles musterienses con Puntas de Chatelperrón o protocarenados (Le Portel) pueden representar el sentido de esa evolución. La casi constante superposición de ambas industrias, frecuentemente situadas en la misma o en fases climáticas sucesivas, y en el caso de Gatzarría (n. Cjn3) la pervivencia de elementos del Musteriense de denticulados en el Chatelperroniense<sup>13</sup>, parecen avalar también esta interpretación.

En este contexto cobran sentido los indicios de Reclau-Viver (mezclados con Auriñaciense típico, y seguramente también con Auriñaciense arcaico), si tenemos en cuenta que el Chatelperroniense no es una industria mediterránea. La interpretación de estos indicios como una débil irradiación del núcleo de los Pirineos centrales hacia el Este (Reclau-Viver) parece razonable, y, con mayor intensidad, hacia occidente (industrias del Pirineo occidental y litoral cantábrico).

Por otra parte, el problema de la sistematización de nuestro Paleolítico superior más antiguo se plantea hoy también en relación con el Auriñaciense. Es sabido que en Francia Chatelperroniense y Auriñaciense arcaico discurren sincrónica e independientemente desde el comienzo, interstratificados, como lo prueban las estratigrafías de Roc de Combe (Auriñaciense «pobre», n. K o 9, intercalado entre dos niveles de Chatelperroniense antiguo, L o 8 y J o 10; todo ello subyaciendo a tres niveles de

Auriñaciense, uno típico con puntas de hueso de base hendida o I, otro II con puntas losángicas, y el tercero es un Auriñaciense evolucionado con abundantes Dufour) y de Piage. Aquí es un Chatelperroniense evolucionado (n. F1) sobre tres niveles de Auriñaciense arcaico (K, con numerosas Dufour en la base, pero ausentes en el resto del tramo), y cubierto por un Auriñaciense derivado del anterior (n.F, con un exiguo número de Dufour)<sup>14</sup>. Esta contemporaneidad se refleja en el Cuadro I, donde están situados en la misma fase climática los niveles basales de Auriñaciense arcaico de Piage (K.1), el Auriñaciense empobrecido de Roc de Combe (n. 9) y el Chatelperroniense antiguo o I del mismo lugar (n. 10) (Perigord Ia de Laville y Fase I de Paquereau). También sincrónicos, pero algo posteriores, son el Chatelperroniense de Roc de Combe (n. 8) y el techo del Auriñaciense arcaico de Piage (n. G) (Perigord Ic de Laville, Fase II de Paquereau). La contemporaneidad aún persiste en la fase siguiente, en la que están situados la base del Auriñaciense típico de Roc de Combe y el Chatelperroniense II de Piage (n.F1) (Perigord Id de Laville, Fase II de Paquereau)<sup>15</sup>. Por lo que se refiere al Chatelperroniense de La Ferrassie, que también se suele comparar con el cantábrico, subyace a un Auriñaciense O dentro aún de la Fase I de Paquereau.

La existencia de estas diversas facies auriñacienses en Francia, una fundamentalmente periférica, desarrollada en Lot, Corrèze o Brive, con abundantes hojitas Dufour, y después también con Puntas de Font-Ives (Auriñaciense *sensu lato*), y otra básicamente nuclear, mucho más difundida en Europa occidental (Auriñaciense típico o *sensu stricto*), impulsa hoy a un sector de la investigación a postular esta misma dicotomía para el litoral cantábrico. Según esta interpretación, y combinando las estratigrafías de Morín (Chatelperroniense evolucionado o II - Correciense, n. 9-8 —Auriñaciense típico, n. 7-6) y del Pendo (Auriñaciense arcaico, n. VIIIb-VIIIa - Chatelperroniense evolucionado o II, n. VIII - Auriñaciense típico, n. VII), la secuencia cantábrica sería la siguiente:

<sup>13</sup> BARANDIARÁN, I.: *Aurignacien et Perigordien au Pays Basque*, en: «L' Aurignacien et le Gravettien dans leur cadre écologique», Nitra 1978, pp. 12-20.

<sup>14</sup> BORDES, F. - LABROT, J.: *La stratigraphie du gisement de Roc-de-Combe (Lot) et ses implications*, «B.S.P.F.», 64, 1967,

pp. 15-28. CHAMPAGNE, F. - ESPITALIE, R.: *Le Piage. Site préhistorique du Lot*, «Mém. Soc. Preh. France», 1981.

<sup>15</sup> LAVILLE, H.: o.c. PAQUEREAU, M.: o.c.

«Auriñaciense antiguo (Correciense antiguo)-Chatelperroniense II o evolucionado-Auriñaciense típico o I (Pendo) / Correciense (Morín) —Auriñaciense I— Auriñaciense evolucionado»<sup>16</sup>.

Una matización importante a esta interpretación, que pretende obviar las dificultades de paralelización con la secuencia local francesa, propone

denominar «Auriñaciense O» o «Auriñaciense arcaico» a todos los niveles anteriores al típico, que estén situados estratigráficamente encima o debajo del Chatelperroniense<sup>17</sup>.

Esta hipótesis de una secuencia auriñaciense cantábrica desgajada en facies diferenciadas, tiene la ventaja teórica de eludir la rigidez de la vieja se-

FIG. 1. AURIÑACIENSE ARCAICO DE PIAGE

	IR	IB	IBd	IBt	IRA	GA	R. aqu.	R. hoc.	R. lam.	H. aur.	B. arq.	H. Duf	F. Iv.	P. Ch.	GP
K	29,32	18,45	6,85	7,89	8,04	16,07	2,98	5,06	10,86	4,32	1,19	21,28	2,53	0,30	8,04
J	44,44	18,77	6,91	10,86	11,60	19,01	4,19	7,40	18,03	4,69	0,25	—	—	—	1,73
G-1	55,73	3,63	1,71	1,14	7,39	13,38	1,39	5,99	35,22	2,49	0,17	—	—	—	1,44
F	53,62	4,25	2,55	1,7	8,94	18,72	3,83	5,11	28,08	5,53	—	1,70	—	—	5,11

FIG. 2. PERIGORDIENSE INFERIOR (CHATELPERRONIENSE) Y CHATELPERRONIENSE + AURIÑACIENSE TÍPICO (\*)

	IR	IB	IBd	IBt	IRA	GA	R. aqu.	R. hoc.	R. lam.	H. aur.	B. arq.	H. Duf	F. Iv.	P. Ch.	GP
Piage F-1	24,41	6,3	4,72	0,79	0,89	3,15	0,79	—	12,59	—	—	—	—	23,62	34,65
Roc Combe (n. 8)	9,62	6,3	—	—	—	—	0,18	—	—	—	—	0,6	—	20,04	—
Morín (n. 10)	13,6	12,1	9,2	0,6	5,4	6	2,1	3,2	0,4	—	—	0,2	—	1,9	7,5
Pendo (n. VIIIa)*	21,7	12,7	10	1,1	11,6	15,3	5,83	7,82	5,82	2,12	1,06	—	—	2,12	8,5
Pendo (n. VIII)*	16,5	10,1	5,1	1,5	2,5	6,3	1,27	1,27	1,27	1,27	1,27	—	—	3,8	6,3

FIG. 3. AURIÑACIENSE TÍPICO (ANTIGUO) CANTÁBRICO

	IR	IB	IBd	IBt	IRA	GA	R. aqu.	R. hoc.	R. lam.	H. aur.	B. arq.	H. Duf	F. Iv.	P. Ch.	GP
Morín (n. 9)	25,53	9,3	5,8	0,5	9,3	11,8	4,5	3,5	6,4	1	1	6,3	—	—	3,4
Morín (n. 8b)	12	5,1	5,1	—	7,6	11,9	3,38	4,22	3,3	4,23	—	21,15	—	0,84	4,2
Morín (n. 8a)	25	8,9	6,2	0,9	17,9	21,4	7,13	10,7	2,6	0,89	—	15,17	0,89	—	0,9

<sup>16</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.: *Problemas estratigráficos...*, p. 275. *Ibid.*: *El yacimiento de la cueva de «El Pendo»...*, donde se relacionan estrechamente los niveles del Auriñaciense arcaico con el «Correciense» de Morín, pp. 80 y 142, aunque no pasen

inadvertidos ni los elementos musterienses (n. VIIIb) ni los perigordenses (VIIIa).

<sup>17</sup> BERNALDO, F.: *Los inicios del Paleolítico superior cantábrico*, Santander 1982, p. 212-214.

cuencia unilineal, hoy ya insostenible. Pero parece preciso matizar más en estos estudios, a la vista de las graves dificultades cronológicas y estratigráficas que presenta, agravadas por los importantes problemas de interpretación que afectan a la estratigrafía de El Pendo. Por una parte, no es posible comparar satisfactoriamente las industrias del Auriñaciense arcaico francés *sensu lato* con las cantábricas, por razones estratigráficas y tipológicas. Aquellas corresponden a niveles muy anteriores a los cantábricos, situados en fases climáticas distintas, no sucesivas. Además, ese Auriñaciense francés se estima contemporáneo e incluso anterior al Chatelperroniense en algunos yacimientos, pero no posterior al Chatelperroniense evolucionado. Por ello los niveles 9 y 8 de Morín, coetáneos del Interestadio de Arcy y sedimentados sobre Chatelperroniense tardío, no pueden ser considerados como un «Correciense antiguo cantábrico»<sup>18</sup>. Y en cuanto a los niveles VIIIb y VIIIa del Pendo, subyacentes al VIII (clasificados aquellos como Auriñaciense arcaico y éste como Chatelperroniense), situados todos ellos a comienzos de la fase fría que precede a Arcy (cf. cuadro I), ofrecen graves dificultades de clasificación, también por razones tipológicas y estratigráficas. El primero, por la escasez de útiles y la pobreza en tipos, la mitad de los cuales son de tipo musteriense (denticulados y raederas), no puede clasificarse sin graves reparos en el Paleolítico superior. Y a esta incerti-

dumbre se añade el estudio sedimentológico del corte adyacente, que lo identifica con el VIIIb, Musteriense de denticulados<sup>19</sup>.

El VIIIa, a su vez, también muestra rasgos anómalos en un nivel auriñaciense: 28 % de raederas, un número elevado de denticulados, así como un nutrido y variado repertorio de útiles de tipo perigordense (8,5 %: Puntas de Chatelperrón, hojas de borde rebajado y truncaduras), superior incluso al calculado para el Chatelperroniense de Morín (7,5 %), y con un porcentaje de Puntas de Chatelperrón también mayor. Y en cuanto al elemento auriñaciense, sugiere más al típico que al arcaico (cf. Fig. 2). Y si pretendemos apoyar esta clasificación mediante su comparación con el Auriñaciense del Lot, vemos que su estructura industrial es muy diferente: los índices técnicos de raspadores y buriles están mucho más equilibrados en el Cantábrico, los diedros aquí superan nueve veces a los de truncadura, en contraste con el equilibrio o la inversión de este rasgo en el Lot, y lo que es más importante, también difiere la estructuración de los elementos auriñacienses, con numerosos raspadores en hocico y una buena representación de hojas auriñacienses en el Lot, a la inversa que en el Cantábrico.

En conjunto, los diagramas radiales de estos niveles (Figs. 4 a 6) plasman gráficamente el discurrir de esta secuencia inicial<sup>20</sup>. En el VIIIa sorprende el extraordinario desarrollo del sector de «diversos» o

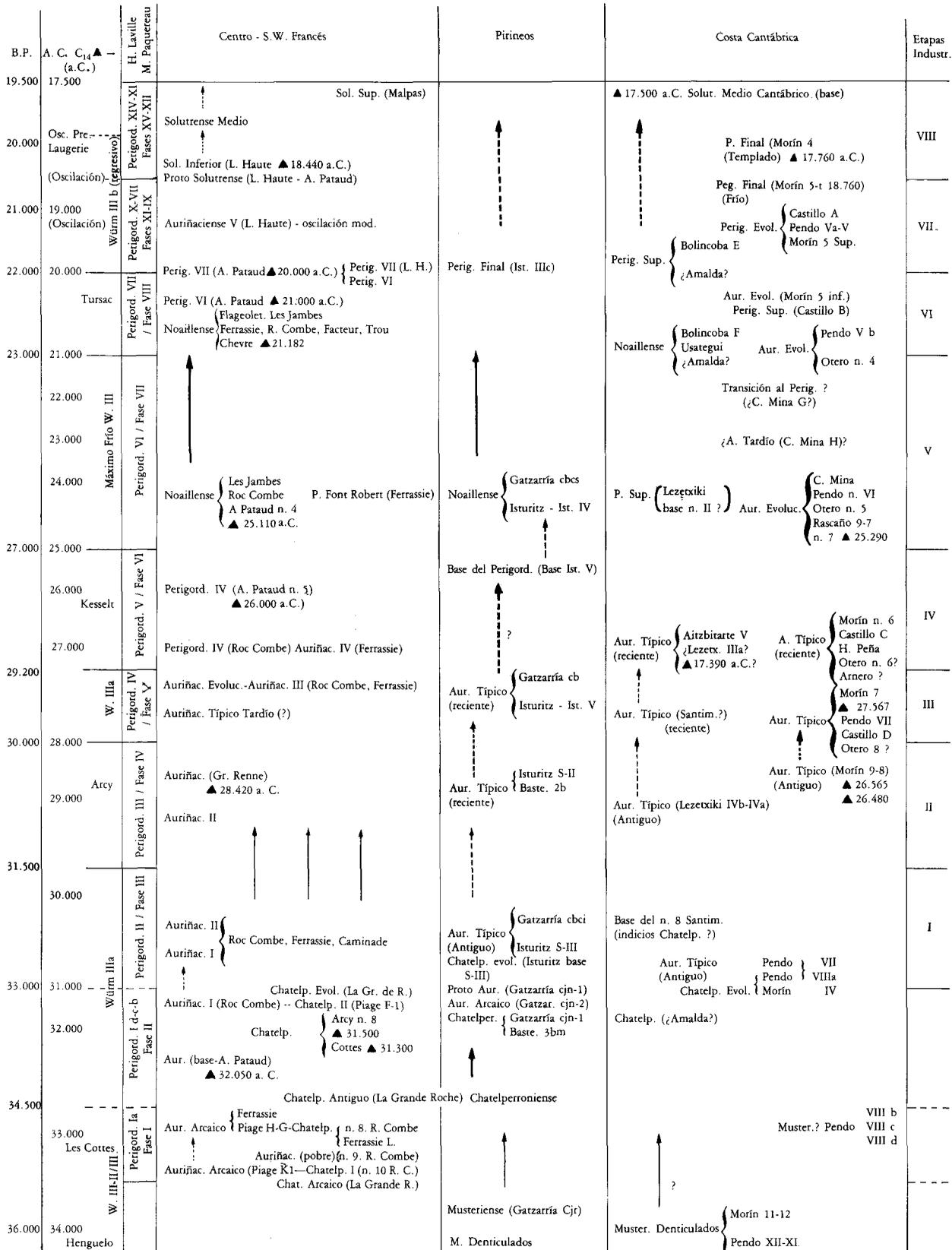
<sup>18</sup> Todo ello con independencia de la incertidumbre que en Francia rodea a la teoría del Correciense, no exenta de problemas de contaminación. Así, Bos del Ser puede contener mezclados Auriñaciense y Perigordense inferior (al igual que El Pendo). En cuanto al Correciense evolucionado puede ser una facies particular del Auriñaciense típico; y las industrias correspondientes de la cueva Dufour serían, en realidad, una industria tardía intermedia entre los Auriñacienses I y II, contaminada de Perigordense superior. MAZIERE, G.-TIXIER, J.: *Les civilisations du Paléolithique supérieur en Limousin*, en: «La Préhistoire française», I, 1976, pp. 1281-1296.

<sup>19</sup> HOYOS, M. - LAVILLE, H.: o.c., pp. 285-293.

<sup>20</sup> Para plasmar gráficamente las diferencias entre colecciones auriñacienses, especialmente en las series correlativas de un mismo yacimiento hemos elegido los diagramas radiales, que permiten visualizar globalmente las características de las colecciones, y a través de las variaciones en los sectores característicos visualizar las tendencias industriales en el tiempo. En el caso del Auriñaciense se revelan como particularmente útiles al estar escindido en facies y grupos locales.

Hemos seguido la distribución por sectores característicos de Le Tensorer, en la que los valores de 1, 2, 3 corresponden al sector auriñaciense, los 5 y 6 al perigordense, el 7 al solutrense; el 8, 9, 10 al sector Magdaleniense antiguo, el 10, 11, 12 al Magdaleniense superior-Aziliense.

Otra ventaja de estos diagramas es que son igualmente aptos para representar esas tendencias tanto en colecciones numerosas como en las más reducidas de un centenar de piezas. En cuanto a la dificultad de trasposición de la Lista de 105 útiles a las de 92 o 93 utilizadas en los estudios cantábricos, lo hemos obviado atendiendo al contenido tipológico de cada uno de los doce índices propuestos: 1: Hojas retocadas, 2: Raspadores sobre hoja retocada y altos, 3: IR, 4: IB, 5: IBd + Noailles, 6: útiles perigordenses y hojas truncadas, 7: útiles solutrenses, 8: Sustrato (índice de antigüedad) o útiles diversos (escotaduras, denticulados, raquettes, raederas, piezas astilladas), 9: perforadores y becs, 10: Microlitos no geométricos (excluidas las Dufour y P. Font-Yves), 11: Geométricos, 12: P. azilienses y P. diversas (P. Laugerie-Basse, P. Teyjat, P. muesca magd., P. Hambourgienses). Los valores han sido calculados a partir de los conjuntos publicados en las respectivas monografías, cuando éstas son recientes o bien de las publicaciones generales cuando se trata de colecciones antiguas, como es el caso del Auriñaciense o Perigordense (F. Bernaldo) o del Magdaleniense sin arpones (P. Utrilla). Finalmente, hemos seleccionado preferentemente aquellos yacimientos con niveles sucesivos de una misma secuencia, con el fin de detectar, en la medida de lo posible, las tendencias industriales de estos complejos.



CUADRO I

strato (superior incluso al del Magdaleniense inferior, al que caracteriza), que normalmente se in-

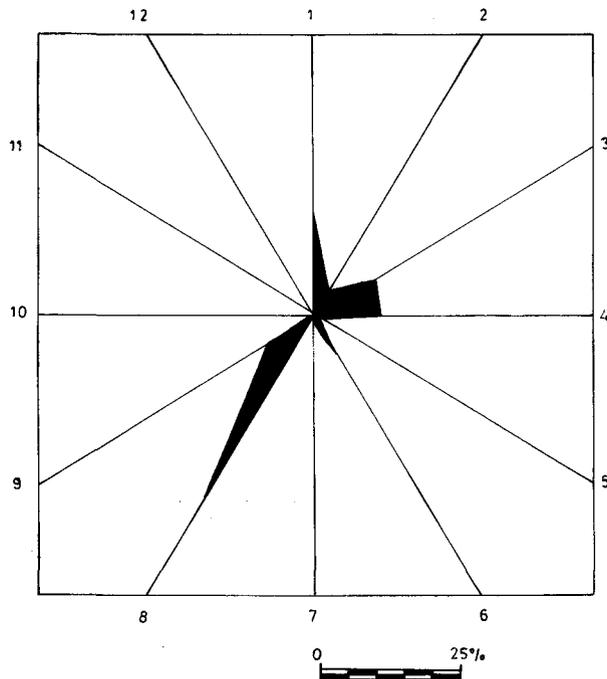


FIG. 4. Diagrama 1: Morín n. 10 (520 útiles). Chatelperroniense cantábrico.

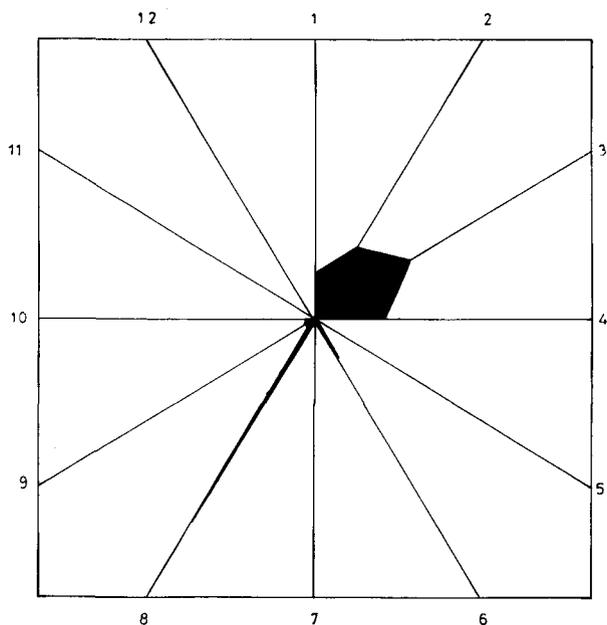


FIG. 5. Diagrama 2: El Pendo n. VIIIa (189 útiles). ¿Chatelperroniense + Auriniaciense?

terpreta como un «índice de antigüedad», que en este caso refleja los problemas de contaminación de las colecciones; sector perigordiense irrelevante en comparación con el sector auriniaciense; y éste con un desarrollo más próximo al de las colecciones de Auriniaciense típico que «arcaico». Y finalmente, sorprende también la similitud de este nivel con la estructuración del n. VIII, éste clasificado como Chatelperroniense.

En conjunto, tales anomalías es posible que se expliquen por una mezcla de Chatelperroniense + Auriniaciense típico antiguo, lo que no sería impro-

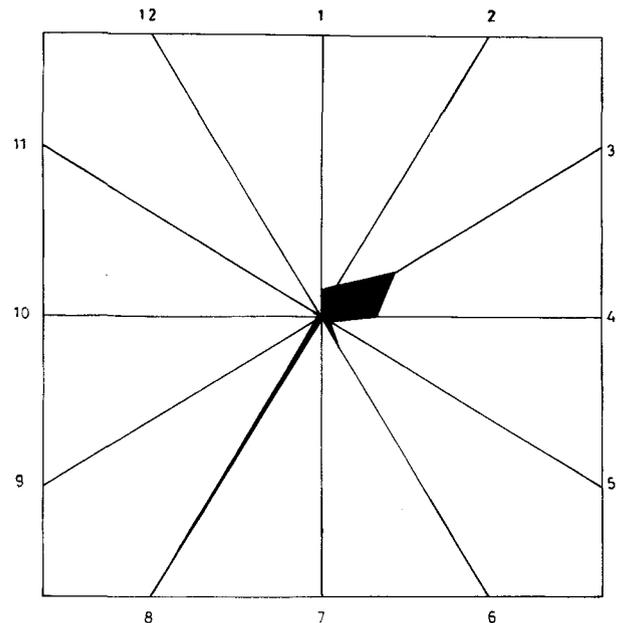


FIG. 6. Diagrama 3: El Pendo n. VIII (79 útiles). ¿Chatelperroniense + Auriniaciense? (radio 8: 59,5 %).

bable dado el modo de contacto de los niveles VIIIa y VIII. Otra interpretación alternativa sería la que contempla un Chatelperroniense (VIIIa) subyaciendo al Auriniaciense típico (VIII y VII), en el que perviven algunas Chatelperrón, lo que no es infrecuente (recordemos Aitzbitarte), ni anómalo al estar situados en la misma fase climática. Esta fue también la primera interpretación propuesta por J.

González Echegaray<sup>21</sup>, pero tiene el inconveniente de que no explica satisfactoriamente ni la semejanza estructural entre los dos niveles, ni tampoco sus anomalías. En todo caso, aún ante el dato probable de su contaminación con Chatelperroniense, globalmente, lo que muestran los niveles VIIIa y VIII del Pendo son las características, aún veladas del Auriñaciense típico, tal y como se explicitan en éste (n. VII) y otros yacimientos cantábricos a partir de la Oscilación de Arcy, y sobre todo del Inter Arcy-Kesselt. Desde este punto de vista, la denominación de «Auriñaciense típico antiguo» (o simplemente «Auriñaciense antiguo») seguramente resulta más precisa para referirnos a estos primeros niveles auriñacienses<sup>22</sup>, salvando la dificultad de su aproximación al Auriñaciense arcaico francés, y atendiendo a la realidad estratigráfica. Además, los niveles cantábricos de Auriñaciense *sensu stricto* o típico no representan una facies distinta, sino un mero desarrollo ulterior sin solución de continuidad. Por el contrario, la diferenciación del Auriñaciense en facies regionales sería un fenómeno posterior, como veremos, en el que se patentiza una creciente especialización del utillaje y una marcada regionalización, durante el Auriñaciense típico y sobre todo en el evolucionado.

## II. AURIÑACIENSE TÍPICO Y AURIÑACIENSE EVOLUCIONADO

Un representante genuino del Auriñaciense típico antiguo cántabro-pirenaico es Isturitz, cuyo nivel SIII contiene ya una buena representación de raspadores sobre hoja retocada y auriñaciense, carenados y en hocico, hojas auriñacienses, hojas con muescas o denticuladas, y un bajo índice de buriles (en torno al 5 %), así como Gatzarría (n. Cbc-1).

Ambos contienen azagayas de base hendida, decoradas en el último con incisiones seriadas, y colgantes<sup>23</sup>. Esta industria, situada en el tramo frío pre-Arcy (cf. cuadro I, horizonte industrial I), también debe estar representada, como decimos, en uno de los citados niveles del tramo basal del Pendo, así como en Santimamiñe (n. 8).

En el tramo siguiente, sedimentado bajo condiciones templadas y húmedas (Arcy), persiste el Auriñaciense típico en los Pirineos (Isturitz SII, Basté 2b, Gatzarría Cb) y, con las lógicas peculiaridades locales, seguramente éste es también el Auriñaciense templado de algunos niveles vascos, como Aitzbitarte (n. V) o Lezetxiki (n. IV). En el centro de la costa se presenta difícil de sistematizar por la dificultad de segregarse el denominado «Correiciense» de Morín (n. 9, 8b, 8a) de la secuencia general.

En los Pirineos, aunque los rasgos tipológicos son similares a los del anterior Auriñaciense típico, el carácter más tardío se refleja en Isturitz en el acrecentamiento de los rasgos auriñacienses, en especial en el fortísimo índice de hojas auriñacienses (47,5 %), y en el acusado desequilibrio R/B, a pesar del aumento del buril (9,5 %). Entre la industria ósea, aunque persiste la azagaya de base hendida parece rarearse en Gatzarría. En suma, son rasgos que convienen a todo el Auriñaciense típico occidental: utillaje monótono y pobre en tipos, con elementos que recuerdan al Musteriense, amplia utilización del retoque auriñaciense, especialmente en lo concerniente a hojas auriñacienses, y pobreza en buriles; en hueso, azagayas de base hendida y aplanadas<sup>24</sup>.

En el Cantábrico, estos rasgos se presentan atenuados en el nivel 9 de Morín en razón de su posición estratigráfica en la base del tramo, pero sus características están ya en la línea del Auriñaciense *sensu stricto* (cf. Fig. 7. Diagrama 4): importancia

<sup>21</sup> GONZÁLEZ ECHAGARAY: *Problemas estratigráficos...*, p. 275.

<sup>22</sup> Esta es también la denominación aplicada por I. Barandiarán en su estudio de los niveles del Pirineo occidental a niveles contemporáneos de los que aquí se citan. En cambio, para los tramos siguientes —«Auriñaciense típico medio (evolué)»— hemos preferido conservar el término «Auriñaciense típico» o bien, aplicándolo en sentido cronológico, el de «Auriñaciense típico reciente» para no complejizar los actuales problemas de sistematización con una nueva terminología. Cf. BARANDIARÁN, I.: *Auri-*

*ñaciense y Perigordense en el País Vasco: estado actual*. «Munibe» XXXII, 1980, pp. 328-329.

<sup>23</sup> Los datos del Auriñaciense vasco y pirenaico en I. BARANDIARÁN, o. y pp. citadas.

<sup>24</sup> SONNEVILLE, D.: *Problèmes généraux du Paléolithique supérieur dans le Sud-Ouest de la France*, «L'Anthrop.», 1958, p. 426 y ss. Ibid., *Le Paléolithique supérieur en Périgord*, Bordeaux 1960, pp. 148-150. PERPERE, M.: *L'Industrie des Vachons et l'Aurignacien en Poitou -Charentes*, «L'Anthrop.», 81, 1977, pp. 406-407.

del sustrato arcaico o sector diversos (27 %), en regresión al avanzar el Auriñaciense, pero ya con un amplio sector auriñaciense bien característico (53 %), en contraste con la regresión del sector perigordense (3,9 %). Así, no parece justificado considerarlo como una facies distinta del Auriñaciense típico local (Auriñaciense típico antiguo cántabro-pirenaico), desde un punto de vista exclusivamente

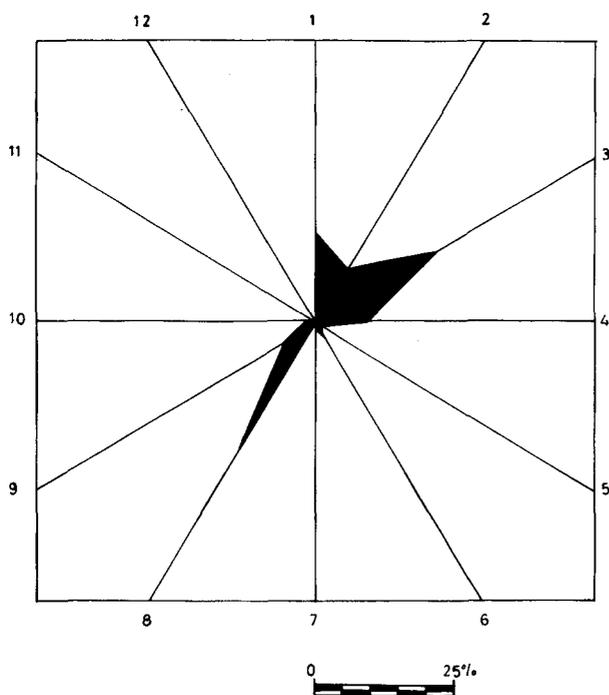


FIG. 7. Diagrama 4: Morín n. 9 (206 útiles). Auriñaciense típico (antiguo) cántabro.

tecnomorfológico. En este sentido, el nivel 8b de Morín es una evolución o modalidad local del anterior, tendencia claramente reflejada en los diagramas, al igual que el n. 8; y éste comporta ya los más típicos caracteres del Auriñaciense típico (cf. Figs. 8 y 9, Diagramas 5 y 6): alta representatividad de las hojas retocadas, abundantes raspadores, especialmente altos y sobre hoja retocada (lo que eleva el sector auriñaciense al 62,5 %), en contraste con el sector perigordense (inferior al 1 %). En cambio, su comparación con los Auriñacienses arcaicos de la Ferrassie, Roc de Combe o Piage (también más antiguos) no resulta satisfactoria: faltan el elevado índice de raspadores (más del 45 %) y los abundan-

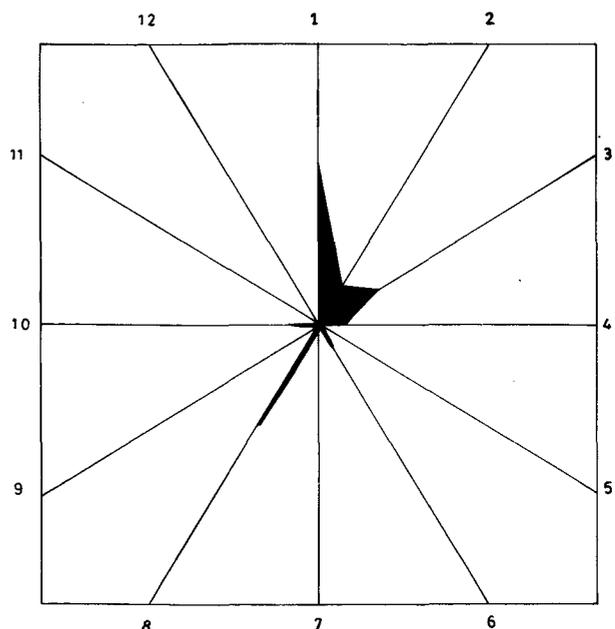


FIG. 8. Diagrama 5: Morín n. 8b (116 útiles). Auriñaciense típico (antiguo) cántabro.

tes buriles de truncadura, que caracterizan aquél Auriñaciense, así como los retoques abruptos y truncaduras, siempre bien representados allí; todos

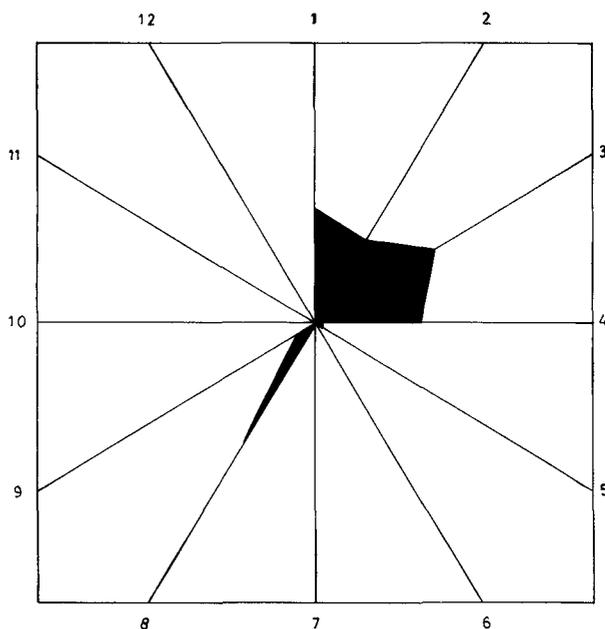


FIG. 9. Diagrama 6: Morín n. 8a (112 útiles). Auriñaciense típico (antiguo) cántabro.

estos rasgos están invertidos en la estructuración del citado primer nivel aurignaciense de Morín. Únicamente las hojitas Dufour parecen avalar la comparación (aunque sólo con el nivel más antiguo o K de Piage, con lo que el desfase cronológico sería aún mayor), pero es bien conocida su falta de significación cronológica o evolutiva<sup>25</sup>.

En el tramo siguiente (frío inter Arcy-Kesselt) (cf. cuadro I, horizonte III), las colecciones cantábricas (Pendo VI, Morín 7, Castillo D) muestran

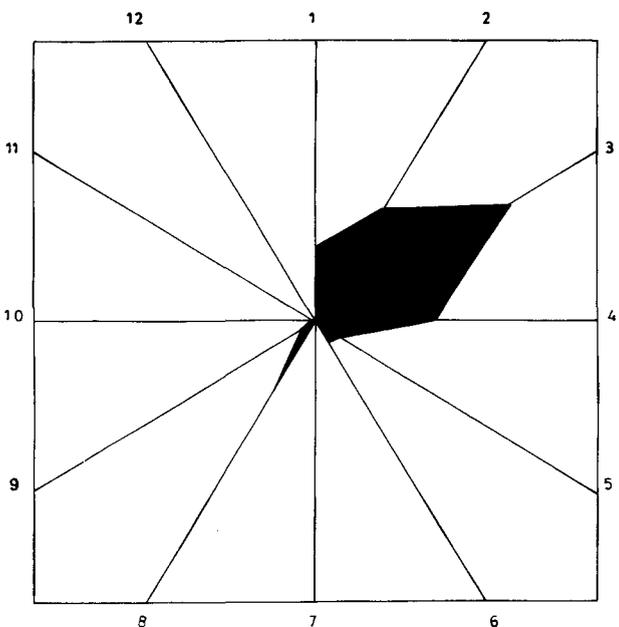


FIG. 10. Diagrama 7: Pendo n. VII (400 útiles). Aurignaciense típico cantábrico.

la gran homogeneidad que caracteriza al Aurignaciense típico (del mismo modo que las pirenaicas, como Isturitz V o Gatzarría Cb representan únicamente la prolongación en el tiempo del Aurignaciense típico del Interestadio de Arcy, sin modificaciones tecnomorfológicas en el utillaje). Son utillajes muy especializados, como reflejan los diagramas 7, 8 y 9

<sup>25</sup> Las hojitas Dufour aparecen esporádicamente a todo lo largo del Aurignaciense, y regularmente en el Aurignaciense II clásico. SONNEVILLE, D.: *L'evolution des industries aurignaciennes*, en: «L'Aurignacien et le Gravettien...», p. 259. En la costa cantábrica esa distribución es igualmente caprichosa: un exiguo número en el Chatelperroniense de Morín (0,2 %), alguna relevancia en el Aurignaciense (típico) antiguo del mismo lugar (n. 9, 8b

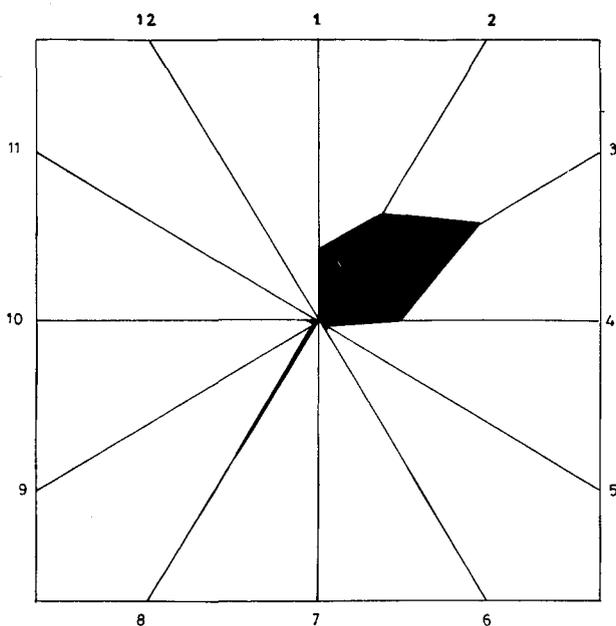


FIG. 11. Diagrama 8: Morín n. 7 (344 útiles). Aurignaciense típico cantábrico.

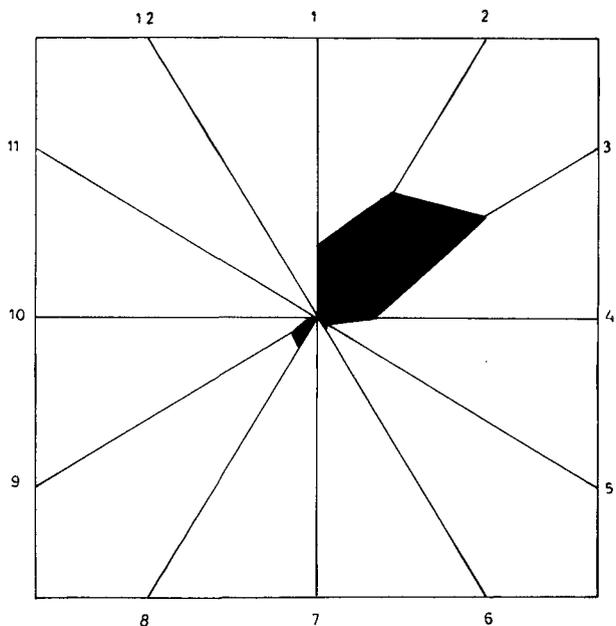


FIG. 12. Diagrama 9: El Castillo n. D (882 útiles). Aurignaciense típico cantábrico.

y 8a, respectivamente: 6,3 %, 21 % y 15,7 %), y esporádicamente en algunos niveles de Aurignaciense típico (n. 7 Morín: 2,32 %, n. VII del Pendo: 0,7 %) y típico reciente (n. 6 de Morín: 4,85 %), y en la mayoría de las colecciones de Aurignaciense evolucionado (Pendo nivs. VI y Va: 1,35 % y 1,47 %; n. 4 del Otero: 0,94 %; n. 5 inf. Morín: 3 %).

FIG. 13. AURIÑACIENSE TÍPICO CANTABRICO

	IR	IB	IBd	IBt	IRA	GA	R. aqu.	R. hoc.	R. lam.	H. aur.	B. arq.	H. Duf	F. Iv.	P. Ch.	GP
Morín (n. 7)	33,3	14,8	12,2	1,4	15	19,4	9,58	5,5	7,83	1,45	0,87	2,32	—	—	2,7
Castillo (n. D)	34,8	10,32	7,03	2,4	20,88	29,85	16,5	4,3	4,3	4,19	0,11	—	—	1,06	2,15
Pendo (n. VII)	40	21,7	13,3	4,7	21,2	30,4	12	9,5	2,75	7	1	0,7	—	1,5	4,2
Otero (n. 8)?	31,2	6,25	6,25	—	25	31,25	26,6	—	6,25	6,6	—	—	—	—	18,75

(cf. Figs. 10-12) polarizados hacia el sector auriñaciense (entre el 68,5 y el 77 % del total de útiles), y los índices técnicos y tipológicos (Fig. 13) (GA: en torno al 20-30 %; numerosos raspadores, en torno al 20 %, especialmente aquillados; buena representación de hojas auriñacienses, 7 % en Pendo, y retocadas). Los buriles son más variados, duplicándose respecto del tramo anterior (entre 11-22 %), especialmente los diedros, no faltando algunos arqueados. Los elementos óseos son igualmente típicos: azagayas de base hendida (excavaciones antiguas de Castillo, Morín y Pendo) y aplanadas (Morín y Pendo). Sin embargo, a pesar de esta especialización, las industrias cantábricas conservan un componente moderado de útiles de borde rebajado y truncaduras (2-4 %), al igual que sucede en los conjuntos de Auriñaciense típico clásico. Y, entre las novedades más importantes, cabe destacar la presencia del Arte mueble más antiguo del litoral, lamentablemente demasiado escaso para personalizar culturalmente a este horizonte industrial.

El episodio cronoestratigráfico siguiente, *Auriñaciense típico reciente* (horizonte industrial IV, en nuestro Cuadro 1), de nuevo sedimentado bajo con-

diciones templadas (Kesselt) está representado en Morín (n. 6), Castillo (n. C), y de manera incierta en Hornos de la Peña y en el reducido utillaje del Otero (n. 6).

La anterior homogeneidad va a ir desapareciendo gradualmente (cf. figs. 14-17). Aunque el alcance de esta diferenciación deberá ser evaluado por estudios monográficos ulteriores, parece que núcleos como los de Morín o Castillo evolucionan localmente, aunque conservando unas tendencias industriales semejantes a las del tramo anterior (persiste la especialización de la industria lítica, con unos valores semejantes en los que se refiere a carenados y en hoci-co, buriles arqueados y hojas auriñacienses, en algún caso estranguladas). También persiste el anterior componente perigordense, incluyendo una de estas colecciones ejemplares únicos de P. Chatelperrón y de Font-Yves. Esta industria, acantonada, persiste muy tardíamente en Morín (n. 5 inf.). A su vez, el discutido nivel de Hornos de la Peña, que incluye la primera representación figurativa mobili- ar cantábrica, muestra una estructuración del utillaje contradictoria. Por una parte, la pobreza de buriles (5 %) invita a alinearlos en los tramos más

FIG. 14. AURIÑACIENSE TÍPICO (RECIENTE) CANTABRICO

	IR	IB	IBd	IBt	IRA	GA	R. aqu.	R. hoc.	R. lam.	H. aur.	B. arq.	H. Duf	F. Iv.	P. Ch.	GP
Hornos Peña	49,04	4,76	4,28	—	15,71	21,4	10,94	4,75	14,75	8,08	0,47	0,47	—	—	2,3
Morín (n. 6)	34	11	7	11	17	23,1	10,34	6,94	5,9	3,07	0,48	4,85	0,16	0,16	3,7
Castillo (n. C)	34,93	12,4	9,63	—	19,27	20,48	14,44	4,81	1,2	1,2	—	—	—	—	2,4
Otero (n. 6)?	26,47	8,82	5,88	—	14,7	20,58	2,94	1,16	2,94	5,88	—	—	—	—	2,95

antiguos del Auriñaciense típico, al igual que la amplia representación de hojas auriñacienses y estranguladas (8 %). Pero el conjunto de la industria, y la distribución por grupos lo aproximan más al final del Auriñaciense típico o al Auriñaciense evolucionado. Una última hipótesis contemplaría esta colección como integrante de una diferenciación temprana del Auriñaciense típico, esbozando una de las posibles facies o modalidades regionales del Auriñaciense posterior (A. evolucionado).

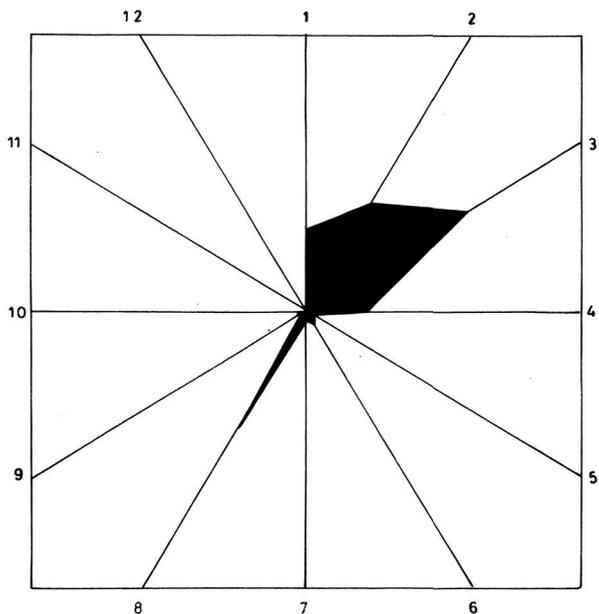


FIG. 15. Diagrama 10: Morín n. 6 (618 útiles). Auriñaciense típico (reciente).

En suma, el Auriñaciense típico se instala tardíamente en el litoral cantábrico, dispersándose ampliamente por toda la costa, conservando grandes semejanzas con foco pirenaico centro-occidental, y evolucionando localmente. En algunos yacimientos esta misma estructura industrial se mantiene hasta la instalación del máximo de frío del Würm III, como hemos comentado, pero comúnmente ya no se encuentra la anterior homogeneidad apenas. Es lo que denominamos *Auriñaciense evolucionado cantábrico*.

El *Auriñaciense evolucionado* cantábrico se encuentra en los mismos valles y yacimientos que el anterior Auriñaciense típico, y parece ser coetáneo

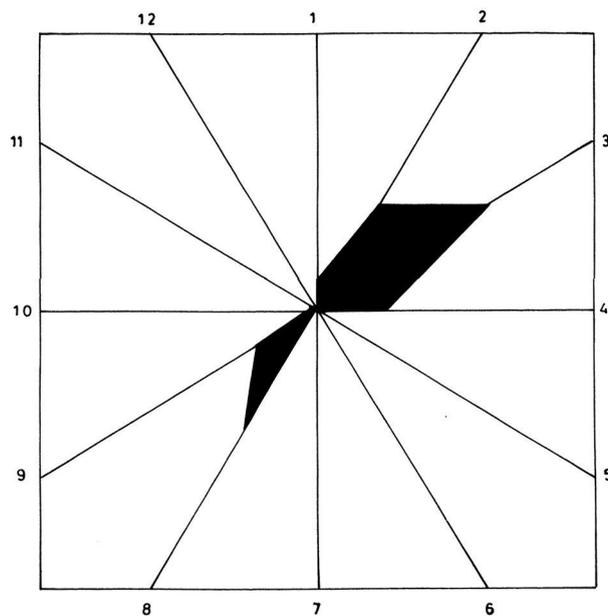


FIG. 16. Diagrama 11: El Castillo n. C (83 útiles). Auriñaciense típico (reciente).

de una acusada fase estépica, que en Francia ocupan, en buena medida, las industrias Noaillenses (Abri Pataud, Les Jambes, Roc de Combe) y Font Robert (La Ferrassie). En el cantábrico esta máxima

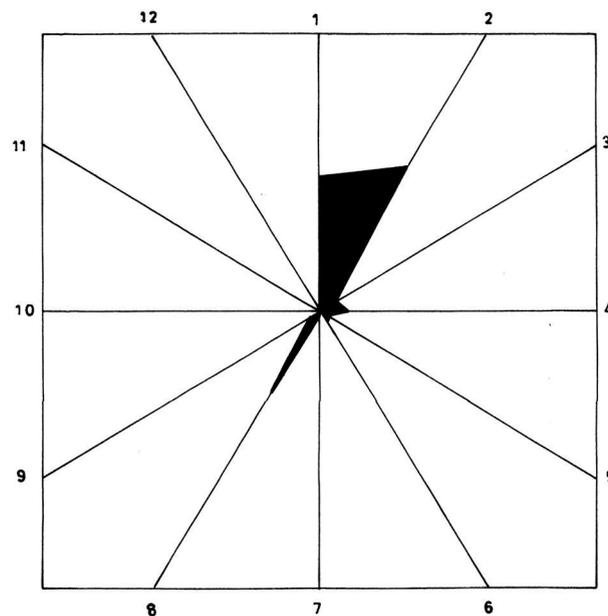


FIG. 17. Diagrama 12: Hornos de la Peña (210 útiles). Auriñaciense típico (reciente).

pulsación fría se detecta en el n. VI del Pendo y 5 del Otero, aunque estas industrias se encuentran asimismo en la fase moderada siguiente (Tursac, datada aquí en 21.182 a.C.), en la que deben estar situados los niveles Vb del Pendo y 4 del Otero. En un caso, como hemos dicho, el Auriñaciense evolucionado pervive tardíamente (base del n. 5 de Morín), a comienzos de la fase fría posterior que enmarca el desarrollo del Perigordense evolucionado (cf. Cuadro I, horizontes industriales V, VI y VII).

Desde el punto de vista exclusivamente del equipamiento, por lo menos existen dos conjuntos tecnomorfológicos diferenciados<sup>26</sup>, aunque desconocemos si se trata de dos momentos diferenciados (como parece probable, ya que uno ocupa preferentemente el tramo basal, y el otro exclusivamente el final de la secuencia) o de dos facies locales. Un rasgo general en todas las colecciones es el alto índice de buriles, en contraste con la anterior escasez, rasgo que caracteriza a todo el Auriñaciense evolucionado occidental (Fig. 18). Otro rasgo común es la disminución gradual del anterior utillaje especializado: el GA se reduce a la mitad o menos (oscilando entre el 10 y 15 %, aunque en algún caso es mucho menor), debido a la caída, en la misma medida, del RA, a la vez que se equilibran los tipos aquillados y en hocico. Las hojas auriñacienses, que en la base del tramo alcanzan el máximo de todo el Auriñaciense (Pendo VI: 12,5 %), se mantienen

moderadamente (3 a 6,5 %), tendiendo a rarificarse en los niveles más recientes. Los restantes elementos auriñacienses escasean (algunos buriles arqueados y Dufour, a veces atípicas o de retoque inverso, como en Otero). Lógicamente este proceso va acompañado del incremento, igualmente lento, del GP que, en conjunto, se duplica respecto del Auriñaciense típico.

Pero subyaciendo a estos rasgos generales, parece que en el Cantábrico pueden distinguirse por lo menos dos grupos distintos auriñacienses. Uno se caracteriza por una estructura tecnomorfológica claramente diferenciada del Auriñaciense típico: comporta un elevado número de buriles y ha reducido sensiblemente los elementos auriñacienses (cf. Fig. 19, Diagrama 13: sector auriñaciense, reflejado en los radios 1, 2, 3). Estas colecciones son más laminares, con numerosas hojas retocadas (con retoque simple y también con hojas auriñacienses), y estratigráficamente ocupan probablemente (?) la base del tramo (Pendo n. VI, Otero 5, aunque no todas son representativas por la escasez de útiles, como la del Otero o la del n. Va del Pendo, más reciente). El otro grupo, en cambio, incluye colecciones más numerosas (Morín 5 inf., Otero 4), se sitúa en los tramos más recientes, y está desconectado estratigráficamente del anterior. Sin embargo, en aparente contradicción con esta posición cronológica, están menos diferenciados del Auriñaciense típico (cf. Figs. 20 y 21, Diagramas 14 y 15), mostrando su

FIG. 18. AURIÑACIENSE EVOLUCIONADO CANTABRICO

	IR	IB	IBd	IBt	IRA	GA	R. aqu.	R. hoc.	R. lam.	H. aur.	B. arq.	H. Duf	F. Iv.	P. Ch.	GP
Otero (n. 5)?	10,81	29,72	10,81	10,81	—	2,7	—	—	5,4	5,44	—	—	—	—	—
Pendo (n. VI)	17,9	46,2	32,2	3,84	13,1	14,5	5,39	3,41	—	12,56	0,45	1,35	—	0,45	5,5
Pendo (n. Vb)	14,5	56,5	40,6	13	8,7	10,1	4,41	4,41	—	—	1,47	1,47	—	—	2,9
Otero (n. 4)	27,35	19,81	10,37	8,49	4,71	15,09	3,76	2,88	6,59	6,60	—	0,94	—	—	5,66
Morín (n. 5 inf)	30,09	21,2	15,08	3,6	12,1	16,9	6,69	5,47	3,65	3,04	—	3,04	—	—	4,8

<sup>26</sup> F. BERNALDO señala, atendiendo a la inversión en la relación R/B, una división del Auriñaciense en una facies con más buriles que raspadores (facies Pendo) y otra con mayoría de raspadores (facies Morín). En la primera se incluyen Otero 5, Pendo

Vb y VI, y en la segunda Morín 5-inf. Para el resto de las colecciones se apunta una heterogeneidad muy marcada. Cf. *Los inicios del Paleolítico superior cantábrico...*, p. 222.



en un episodio inestable a comienzos del Dryas antiguo<sup>27</sup>. Por su emplazamiento sobre Perigordense final se le compara con el Auriñaciense V francés<sup>28</sup>, pero en términos cronológicos éste debe ser mucho más antiguo<sup>29</sup>, puesto que en el litoral cantábrico es *necesariamente* posterior al 19.710 BP, en que está datado el Perigordense final o VI de Morín. En todo caso, a la dificultad objetiva de situar un Auriñaciense en una oscilación fría posterior a Laugerie<sup>30</sup>, se une el hecho de que esa es precisamente la posición cronoestratigráfica que ocupa el Solutrense superior regional (n. 9 de Las Caldas, primer nivel frío posterior a Laugerie: 19.390 BP; precedido de un amplio tramo interstadial con Solutrense medio y un nivel basal de Solutrense superior). Y, finalmente, hay que tener en cuenta el hecho de la existencia de Solutrense superior *también* en el Pendo, documentado en las primeras excavaciones y, fuera de contexto, también en éstas. Es decir, se supone que ambos complejos industriales serían no sólo contemporáneos, sino que habrían ocupado un mismo entorno económico (y aún compartido el yacimiento) sin sufrir graves perturbaciones, como se desprende del hecho de que este «Auriñaciense» ocupa dos niveles de características sedimentológicas diferentes.

Desde otro punto de vista, exclusivamente del equipamiento industrial, este tramo del Pendo no puede compararse satisfactoriamente con el «Auriñaciense empobrecido» o «Auriñaciense de denticulados» que representa el V francés<sup>31</sup>, muy pobre en tipos. Este, se caracteriza por el equilibrio entre los índices técnicos (R/B, IBd/IBt), y por la gran incidencia de las escotaduras y denticulados, que constituyen la cuarta parte del total, así como por los numerosos becs y perforadores de punta bien destacada por retoque. Técnicamente es una industria

realizada a partir de lascas cortas y gruesas o de núcleos globulosos e informes, con útiles frecuentemente mal retocados, y frentes de raspadores irregulares o denticulados. Todos estos rasgos lo alejan tanto de la tradición del Auriñaciense típico como del evolucionado, y su carácter laminar también del

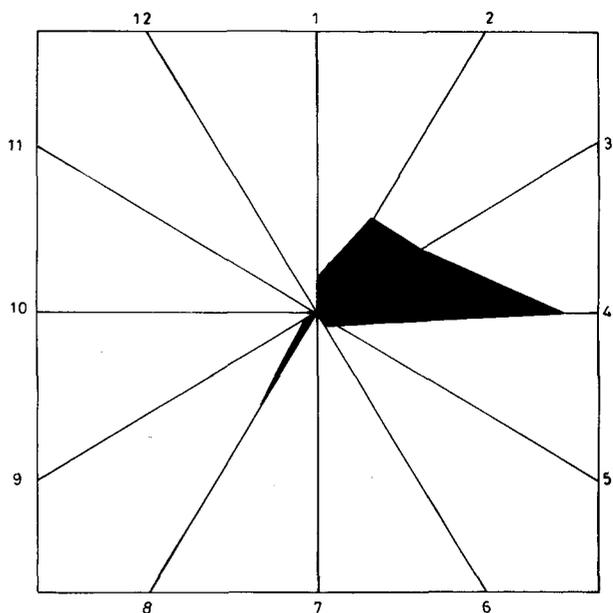


FIG. 22. Diagrama 16: Pendo n. IV (356 útiles). ¿Auriñaciense final o Solutrense superior?

Protomagdaleniense. Esta pobreza lítica, finalmente, contrasta con la calidad del utillaje óseo (azagayas biseladas con canalículos óseos conservados, y de aplastamiento central, éstas quizá por contaminación con las series subyacentes).

<sup>27</sup> Hay que tener en cuenta que el n. IV se superpone a un Perigordense final templado y húmedo (es decir, situado en la misma fase climática que el tardío n. 4 de Morín). Además, entre este Perigordense y aquél Auriñaciense existe un hiatus erosivo (cf. LAVILLE-HOYOS, o.c.) que puede muy bien corresponder al Würm III-IV (Laugerie). A su vez, F. BERNALDO y J. GONZÁLEZ ECHEGARAY postulan una cronología aún más tardía al considerar que tanto el n. 4 de Morín como este Perigordense final del Pendo ya corresponden a Laugerie; pero tanto en una interpretación (Perigordense final templado pre-Laugerie, como se indica en nuestro horizonte VIII) como en otra (dentro del Würm III-IV) este tramo Pendo IV-III corresponde al Dryas inicial, inicialmente en una fase esteparia de frío continental seco (n. IV), matizada después por una tendencial hacia el restablecimiento del bosque (n. III, postsolutrense).

<sup>28</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY et alii: *El yacimiento de la Cueva de «El Pendo»...* pp. 145-146.

<sup>29</sup> En Francia puede datarse en torno al 21.000 BP tomando como referencia el Protomagdaleniense (21.980 en Laugerie-Haute y 20.548 en el Abri Pataud: media de las dataciones) y el Solutrense inferior (20.495 en Laugerie-Haute). Cf. DELIBRIAS, G.-EVIN, J. et alii: *Datations absolues des dépôts quaternaires et des sites préhistoriques par la méthode du Carbone 14*, en: *«La Preh. franç.»...*, p. 1.500 y ss.

<sup>30</sup> BERNALDO DE QUIRÓS, F.: o.c., p. 232.

<sup>31</sup> SONNEVILLE, D.: *L'évolution des industries aurignaciens...*, p. 260.

Ahora bien, las colecciones del Pendo (Figs. 22 y 23), aunque el perfil general de la industria, y particularmente la moderada presencia de carenados (7 %) y en hocico (3,6 %) pudieran recordar al Auriñaciense, en conjunto, la serie es más variada, se echa en falta el bloque de denticulados (5 %) y escotaduras (8,7 %), aquí mucho menor, y aquel equilibrio entre los índices técnicos. Y, por otra parte, el sentido de la evolución o tendencias que muestra el Auriñaciense cantábrico, bien reflejadas

ñacienses. Así, estas industrias no están en la línea ni del Auriñaciense V francés ni en la del tramo rico en buriles del Auriñaciense evolucionado cantábrico (y, por razones obvias, menos aún en la línea de la modalidad rica en raspadores).

En estas condiciones, caben varias interpretaciones para esta industria. Una, solvente pero difícil de verificar por las peculiares condiciones estratigráficas del Pendo, y por la falta de elementos comparativos a nivel local, es la que contempla estas series como un Auriñaciense terminal genérico o «muy evolucionado», posterior al evolucionado y desconectado de él, que apenas comienza a ser conocido. Aunque esta problemática aún está por estudiar, parece un hecho cierto que, al final de la secuencia auriñaciense occidental, nos encontramos en todas partes con el fenómeno de la disolución de los elementos auriñacienses y la formación de numerosas facies locales (a nivel estrictamente del equipamiento material, puesto que los restantes aspectos culturales son por completo desconocidos). Parecen ser grupos locales de breve existencia y relativo aislamiento que, no obstante, parecen mantener relaciones de influencia con otras facies auriñacienses o con grupos perigordienes contemporáneos. Estos niveles se encuentran en la periferia de los grandes núcleos auriñacienses, como Beg-ar-C'hastel (Finisterre) o Gohaud (Loire), entre otros, con claras influencias protomagdalenienses<sup>32</sup>. Sus características recuerdan a las del Pendo. Son grupos que tienen en común la ruptura con los rasgos más característicos del Auriñaciense anterior, y que tampoco presentan la estructura equilibrada (y empobrecida) del V francés. Así, son muy raras o inexistentes las hojas auriñacienses, el IR es siempre inferior al IB, el índice medio de dientes es siempre más elevado que el de truncadura, aunque sí cuentan con numerosas hojas truncadas (lo que hace que el GP tenga cierta entidad). Finalmente, los perforadores suelen estar presentes en porcentajes moderados (4-9 %), así como raederas y raclettes (3 %), y en algún caso también Dufour.

En el caso de estos niveles del Pendo, no parece oportuno valorar excesivamente estos paralelismos ocasionales en el utillaje, por las diferencias de espacio y de tiempo, pero, en cambio, sería factible

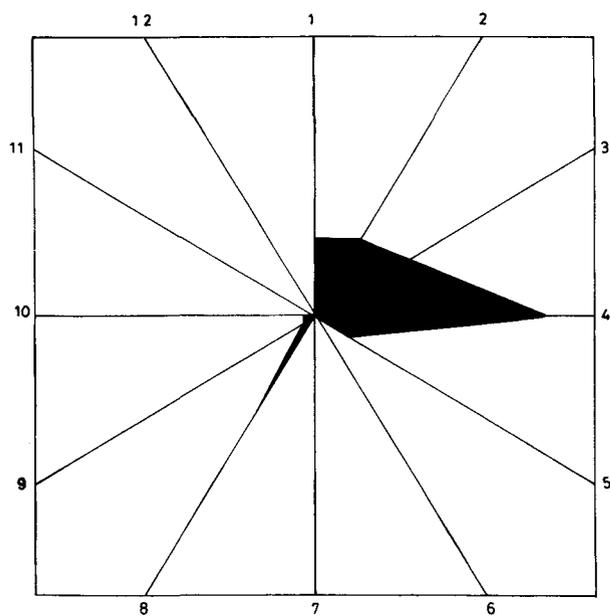


FIG. 23. Diagrama 17: Pendo n. III (180 útiles). ¿Auriñaciense final o postsolutrense?

en los diagramas, no abocan a este «Auriñaciense final». Esa evolución se produce en el sentido de un retroceso de los elementos auriñacienses (muy neto en los tipos altos de raspadores), a la vez que aumentan sensiblemente las hojas retocadas no auriñacienses y los buriles (cf. Diagrama 13, facies del A. evolucionado rica en buriles). En cambio, este «Auriñaciense final» es el resultado de un proceso de signo contrario, en lo que se refiere a las hojas retocadas, raspadores y, en general elementos auri-

<sup>32</sup> GIOT, P. R.-TALES, J.-MONNIER, J. L.-ALLARD, M.: *Le Paléolithique supérieur du Pays de Léon (Finistère). Le gisement de Beg-Ar-C'Hastel en Kerlouan*, «L'Anthrop.», 79, 1971, pp.

39-79. ALLARD, M.: *Le gisement aurignacien de Gohaud à Saint-Michel-Chef-Chef (Loire-Atlantique)*, «Gallia Préhistorique», 21, 1978, pp. 1-42.

—dentro de esa primera hipótesis— interpretarlos como la manifestación regional de un proceso de carácter general: la disolución de la estructura tecno-morfológica que denominamos «auriñaciense», pero con el matiz importante de que este proceso no tendría un valor cronológico preciso, ya que el Auriñaciense terminal clásico se encuentra a finales del Interestadio de Paudorf o a comienzos de la etapa siguiente, y en cambio a estos niveles se les presume una posición muy posterior, como hemos visto.

Ahora bien, desde una óptica más restringida, atendiendo a las características de los complejos industriales del mismo entorno, y sobre todo valorando adecuadamente la posición estratigráfica de estos niveles, cabe una segunda interpretación para estos conjuntos, dentro del Solutrense superior regional. Ello es lo más verosímil, aunque falten en este caso los elementos foliáceos característicos, que sabemos existían en otras áreas de la cueva del Pendo. Por una parte, los útiles más representativos del n. IV, el más numeroso, lo son también de las series solutrenses del Dryas inicial (y éstas, es sabido, se caracterizan por la creciente escasez de útiles foliáceos, al menos en los niveles modernamente excavados, y en aquellos que, como La Riera o Las Caldas, permiten conocer el discurrir de la secuencia en varias fases climáticas sucesivas). Nos referimos a las numerosas truncaduras, la pobreza de raspadores y hojitas de dorso en numerosas colecciones, en contraste con un alto índice de buriles, entre los que son particularmente representativos los de ángulo sobre rotura. Otros elementos de este nivel, que son igualmente significativos del Solutrense local, son los retoques continuos no auriñacienses (con frecuencia finos y alternos), la buena representación de raederas, raclettes y perforadores. La industria ósea, finalmente, también recuerda los tipos del Solutrense superior, especialmente de Altamira, y en menor medida las series gravetenses de la región, pero se aleja notablemente, en cambio, del Auriñaciense evolucionado (Morín)<sup>33</sup>. En suma, aunque este nivel IV no está recargado de elementos perigordenses como las series solutrenses occidentales

o las vascas, sí se aproxima a las de su propio entorno local, el centro de la costa, particularmente a las series solutrenses representativas de la modalidad enriquecida en buriles y con un bajo índice solutrense, como es el caso de La Pasiega y de otros niveles de Santander y del Este de Asturias. No obstante, los problemas estratigráficos del Pendo, ya comentados, y el hecho de que muchas de las colecciones solutrenses del centro del Cantábrico proceden de excavaciones antiguas, impiden profundizar más en este problema<sup>34</sup>.

Finalmente, y al margen de una u otra interpretación, cabe apuntar que esas similitudes observadas entre este nivel IV del Pendo y el Solutrense superior regional, no guardarían tampoco ninguna relación con el proceso de solutreanización de la costa cantábrica, ya que son contemporáneos a escala sedimentológica, y en el Cantábrico ya se encuentra Solutrense (medio) desde finales del Würm III o comienzos del interestadial (Laugerie), aparte de otras razones tipológicas o técnicas que se comentan más adelante.

### III. PROBLEMÁTICA DEL PERIGORDIENSE-SOLUTRENSE CANTÁBRICOS

La actual problemática del Perigordense cantábrico se centra en dos cuestiones principales. La primera reside en la dificultad de establecer sus relaciones con el Auriñaciense local, a nivel estratigráfico. Mientras que los niveles auriñacienses muestran acusadas diferencias sedimentológicas, de espectro polínico y faunísticas entre ellos, lo que permite el establecimiento de una secuencia que puede ser puesta en relación con fenómenos climáticos generales, especialmente en la primera mitad o Würm IIIa, en cambio en el Würm IIIb, durante el cual se depositan los niveles conocidos perigordenses, con los datos actuales sólo pueden distinguirse cuatro fases hasta el Interestadial, coincidiendo con otras tantas crisis climáticas, en contraste con las nueve de Aquitania establecidas por Paquereau o los Perigord VI a XIV de Laville.

<sup>33</sup> Para I. BARANDIARÁN la clasificación de estas colecciones se sitúa entre lo «auriñaco-perigordense avanzado» (es decir, aproximadamente en el horizonte de los niveles transicionales como Cueto de la Mina, n. G) o el Solutrense superior, sin descartar taxativamente un Magdaleniense arcaico, cf. *El yacimiento del Pendo...*, pp. 185-186.

<sup>34</sup> La posterior revisión de la estratigrafía del Pendo por M. Hoyos y H. Laville consigna además el dato de que este n. IV contiene intruidos elementos del n. V (Perigordense), o. y pp. cit.

Ello obedece a la falta de estudios sedimentológicos, especialmente en el área oriental del litoral. Hay que tener en cuenta que el Perigordense es un conjunto industrial tipológicamente muy pobre y escasamente representado en el Cantábrico, cuyas manifestaciones sólo son relevantes en el País Vasco, rarificándose en el centro y sin que tengamos datos explícitos de niveles perigordenses en el sector occidental. En cambio, estas son las zonas privilegiadas en lo que a datos cronoestratigráficos se refiere para este tramo würmiense. A ello se añade, además, el hecho de que el Würm IIIb se presenta como una larga etapa fría (Perigord VI a X de Laville), interrumpida por breves períodos de recuperación de la temperatura y la humedad (Tursac y oscilación contemporánea del Auriñaciense V francés en Laugerie-Haute), la última de las cuales pudo acusarse en el Cantábrico sólo en lo referente a la humedad al no existir condiciones locales de frío extremo en ningún caso<sup>35</sup>, y por ello no sería fácil asignar niveles concretos a esta breve recuperación climática. El resto del Würm III no parecen ser otra cosa que sucesivos episodios regresivos que preludian el Interestadial (Perigord XI a XIV de Laville), con breves oscilaciones moderadas bien detectadas en Francia (base del Solutrense inferior, oscilación pre-Laugerie del Solutrense medio). Estas inestabilidades comienzan a ser percibidas en la base de algunos depósitos solutrenses cantábricos, pero faltan aún elementos de comparación.

Con estas salvedades, y a título de esquema provisional, puede estimarse que el Perigordense se desarrolla a lo largo de cuatro fases que, en líneas generales, corresponden a otros tantos horizontes industriales con industrias auriñacienses y perigordenses.

1. Tramo cuya base se sitúa en el 27.000 BP. Representa el máximo de frío del Würm III en el Cantábrico, condiciones que reflejan tanto la sedimentología y el polen como la fauna de los yacimientos que se citan en el Cuadro I. En líneas generales puede paralelizarse con las fases VII de Pa-

quereau y VI de Laville<sup>36</sup>. Es el horizonte del Noailense pirenaico (Ist. IV, Gatzarría Cbcs), cuyos inicios ya se encuentran al final de la fase moderada anterior (Kesselt: base de Ist. IV)<sup>37</sup>. Este horizonte no es unitario desde el punto de vista de los complejos industriales, sino que mientras en el centro de la costa y en el oeste se encuentra Auriñaciense evolucionado (Pendo VI, Otero 5, y quizá el n. G de Cueto de la Mina), el sector oriental ya conoce los primeros elementos de Perigordense superior (base del n. II de Lezetxiki, depósitos crioclasticos y especies árticas entre la fauna, como el glotón y el rinoceronte lanudo, aquél también abundante en el Perigordense de Isturitz). En nuestro Cuadro I: Horizonte industrial V.

2. Estas condiciones rigurosas se moderan durante una primera oscilación (Tursac: aproximadamente entre 23-22.000 BP)<sup>38</sup>. Este horizonte incluye aún numerosos niveles noailenses clásicos (Ferrassie, Roc de Combe, A. Facteur, Trou de la Chevre, Flageolet, Les Jambes). En el Cantábrico se encuentra un Noailense bien explícito en el sector oriental (Bolincoba, Usategui), mientras que en Santander su lugar está ocupado por núcleos tardíos de Auriñaciense evolucionado (Pendo Vb, Otero 4) y por los primeros niveles de Perigordense superior (Castillo B). Ese Auriñaciense evolucionado tardío subsiste aún en Santander a comienzos de la fase siguiente (Morín n. 5 inf.). En nuestro Cuadro I: Horizonte industrial VI.

3. El tramo siguiente de nuevo es muy frío, y coincide en el área clásica con el desarrollo del Perigordense superior y Protomagdalenense, y en los Pirineos con el Perigordense final (Ist. IIIc). A su vez, en el Cantábrico se encuentran niveles de Perigordense evolucionado (Bolincoba E, Morín n. 5 sup., Castillo A), sin que nuestras estratigrafías hasta el momento hayan señalado indicios de la oscilación moderada que en el S.O. francés coincide con el Auriñaciense V. No obstante, estas pueden ser las condiciones que representa el tramo Va-V

<sup>35</sup> Al respecto cf. las ideas expresadas por Arl. LEROI-GOURHAN sobre la repercusión de los cambios de la temperatura y humedad en el litoral cantábrico, y su incidencia en la flora y fauna, *Análisis polínico*, en: *Excavaciones en la cueva de La Riera*, «T. P.», 40, 1983, p. 30.

<sup>36</sup> Cf. BUTZER, Arl. LEROI-GOURHAN y FUENTES VIDARTE, en: «El yacimiento de la cueva del Pendo...». LEROI-GOURHAN, Arl. *Análisis polínico de la Cueva del Otero*; ALTUNA, J.: *Fauna de mamíferos de los yacimientos Guipúzcoa*, «Munibe» XXIV,

1972, p. 146. PAQUEREAU, M.: *Florets et climats...*, pp. 143-144. LAVILLE, H.: *Climatologie et Chronologie...*, p. 381.

<sup>37</sup> BARANDIARÁN, I.: *Auriñaciense y Perigordense en el País Vasco. Estado actual*, «Munibe» XXXII, 1980, p. 330.

<sup>38</sup> Datada en numerosos lugares en torno al 23.000 BP (Abri du Facteur: 21.182 a.C.; Abri Pataud: 21.000 a.C.), cf. PAQUEREAU, M.: *Florets et climats du Würm III dans le Sud-Ouest de la France*, «Quaternaria», XX, 1978, pp. 154-155.

del Pendo. En nuestro Cuadro I: Horizonte industrial VII.

4. La última fase parece corresponder al tramo inestable pre-Laugerie, sin pulsaciones frías acusadas capaces de transformar una fauna y flora que, globalmente, es templada. La sedimentología del tramo acusa una constante humedad y oscilaciones en la temperatura, y en este tramo se incluyen también niveles netamente templados que seguramente reflejan fases más acusadas de recalentamiento. Es el caso de niveles de Perigordense tardío como el 4 de Morín (con flora templada y datado en 17.760 a.C.), y quizá el tramo contradictorio Pendo Va-V deba clasificarse en esta fase y no en la anterior. En cambio, en la base de algunos depósitos pre-Solutrenses (Riera) o Solutrenses (Caldas) se encuentran indicios de procesos fríos (La Riera) o frescos y húmedos (indicios de humedad y de suaves procesos criocásticos en Las Caldas), aunque en el caso del primero pueden remontarse al tramo anterior. La duración de esta fase no sería superior a un millar de años ya que la base, teóricamente sincrónica del Solutrense inferior de Laugerie-Haute, correspondería a 18.440 a.C. en que está fechado allí, y el techo puede estimarse en 17.500 a.C., tomando como referencia Las Caldas. En nuestro Cuadro I: Horizonte industrial VIII.

En suma, esta secuencia perigordense muestra la contemporaneidad limitada del Auriñaciense y Perigordense, que habrían discurrido paralelamente sólo durante la segunda mitad del Würm III, acantonado el primero en el centro de la costa mientras el sector oriental conoce ya las primeras industrias perigordenses. Por otra parte, se trata de una secuencia que discurre paralela a la pirenaica tanto a nivel industrial como estratigráfico.

La secuencia local perigordense tiene además otras implicaciones, ya que evidencia la imposibili-

dad de postular para la costa cantábrica una línea filética unitaria perigordense, similar a la propugnada por un sector de la investigación en Francia<sup>39</sup>, al estar desconectados estratigráfica y tipológicamente el Chatelperroniense y el Perigordense superior locales. Y tampoco se conocen niveles con características similares a las del denominado Perigordense IV o medio, señalado en alguna ocasión en Asturias. En el área cántabro-pirenaico su lugar lo ocupan industrias de Auriñaciense típico reciente.

Una segunda cuestión se refiere a la distribución no homogénea de este Perigordense, que además contiene numerosos elementos auriñacienses. En el sector oriental se trata de un Perigordense superior y final e incluye los niveles más antiguos del litoral. En Guipúzcoa se cita un nivel rico en Noailles, truncaduras y hojitas de dorso en Amalda, y el mismo horizonte debe estar representado en Usategui donde encontramos la típica punta oval de base estriada o Punta de Isturitz, y quizá en Lezetxiki. En Vizcaya el Noailense es muy típico en Bolincoba cuyo nivel inferior o F<sup>40</sup>, muy laminar y con abundantes hojas retocadas, muestra numerosos útiles específicamente perigordenses: Noailles (16 %), Gravettes y Microgravettes (5,5 %), piezas de muesca y una típica punta de muesca, así como variadas hojas de borde rebajado o truncaduras. En conjunto el índice perigordense es muy elevado (12,23 %), pero los útiles auriñacienses (raspadores ojivales o sobre hoja auriñaciense, aquillados y en hocico, así como alguna hoja auriñaciense) también son importantes (7 %). Además, el equilibrio entre raspadores y buriles (24 y 26 %, respectivamente) también se aleja de los valores clásicos. Entre la industria ósea también se encuentra la típica Punta de Isturitz. Finalmente, este mismo Noailense se encuentra en Aitzbitarte<sup>41</sup>

<sup>39</sup> Esta línea unitaria perigordense, tal y como la conciben Bordes, Sonnevile-Bordes o Pradel es la siguiente: Chatelperroniense (arcaico-antiguo). Ch. evolucionado (tipo Les Cottés)-Ch. final (tipo Fontenioux)-Perigordense medio o IV-Perigordense V-Perigordense final o VI y Perigordense VII o Protomagdaleniense. Cf. BORDES, F.: *La stratigraphie du gisement de Roc de Combe et ses implications...*, pp. 15-28; Ibid.: *La question perigordienne*, en: «La Préhistoire, problèmes et tendances», París 1968, pp. 59-70. Otro sector de la investigación, en cambio, no ve en ese «Perigordense IV» más que una industria local, conocida en muy pocos yacimientos (La Gravette, A. Pataud, La Roque de Saint-Christophe...) y no el nexo entre el Perigordense inferior y el superior; cf. un comentario a este problema en RIGAUD,

J.-Ph.: *Les civilisations du Paléolithique supérieur en Périgord*, en: «La Préhistoire française...», p. 1.260; Ibid.: *Données nouvelles sur l'Aurignacien et le Périgordien en Périgord*, en: «L'Aurignacien et le Gravettien...», pp. 213 y ss.

<sup>40</sup> ALTUNA et alii: *Carta arqueológica de Guipúzcoa...*, p. 11. BARANDIARÁN, J. M.-ALTUNA, J.: *Excavaciones en Jentilbaratza y Kobalde (Ataun) (campana de 1971)*, «Munibe» XXIX, 1977, pp. 201-205. BARANDIARÁN, J. M.: *Bolincoba y otros yacimientos paleolíticos en la Sierra de Amboto (Vizcaya)*, «Cuadernos de Historia Primitiva», V, 1950, pp. 82-112. El inventario reciente de estas colecciones en BERNALDO, F.: o.c. supra.

<sup>41</sup> Según Mc.Collough, cf. GONZÁLEZ ECHAGARAY: *Cueva Morín...*, p. 286.

Un momento posterior, Perigordense final, está representado en el nivel siguiente de Amalda, donde los útiles de dorso ya superan a los buriles de Noailles, y se encuentran indicios poco explícitos en Urriaga y Ermitia. En Vizcaya el nivel superior o E de Bolincoba muestra el incremento de las piezas de retoque abrupto, especialmente Gravettes y microgravettes, respecto del F y los buriles de Noailles aún son numerosos (13 %) <sup>42</sup>. Tipos óseos nuevos netamente perigordenses son el punzón de base estrechada por recorte o pedunculado y la esbelta azagaya acanalada en doble bisel. En conjunto, estas características corresponden a un Perigordense final local o Noaillense tardío derivado del anterior, aunque contaminado de Solutrense por razones mecánicas.

En Santander el Perigordense es una etapa tardía en la mayoría de los niveles. Morín (n. 5 sup. y 4) se caracteriza negativamente por la ausencia de elementos típicos del Perigordense V clásico (puntas de Font-Robert o Noailles), y con un discreto índice de truncaduras (n. 4:6,5 %). Su carácter reciente lo avalan también la sedimentología y la datación obtenida, próxima ya a la del Solutrense medio cantábrico. Este Perigordense se encuentra también en El Castillo y en El Pendo <sup>43</sup>. Esta última es una colección tardía, probablemente sincrónica del n. 4 de Morín, tipológicamente muy pobre, enriquecida en buriles y escasa en raspadores (éstos son fundamentalmente tipos altos, auriñacienses y nucleiformes), que sólo contienen una pequeña representación de útiles perigordenses (una Flechita, algunas Font-Robert, hojas de truncadura o borde rebajado y hojitas de dorso). Aunque el conjunto sugiere más un Perigordense final que un superior (Font-Robert), no cabe descartar tampoco un horizonte industrial tardío de estas

características, ya que puntas de estas características se citan en las antiguas excavaciones de Morín, y existe también Perigordense superior (Noailles) en El Castillo.

Por último, en el sector occidental el Perigordense no aparece documentado con nitidez. Se menciona una probable bolsada con escasos materiales de tipología perigordense en el nivel G de Cueto de la Mina (una Gravette y un par de hojas de borde rebajado, aunque en un contexto lítico Auriñaciense tardío o quizá con mezcla de ambos <sup>44</sup>. A su vez, la industria ósea incluye la azagaya biselada de fuste acanalado, con amplios paralelos en el Perigordense franco-cantábrico (aunque está presente esporádicamente en Isturitz desde el Auriñaciense típico tardío) <sup>45</sup>. Otro tipo que reviste un interés especial es una punta cilíndrica con incisiones de disposición anular en la base <sup>46</sup>, que pudiera representar una adaptación local (auriñaciense) de la punta ósea noaillense.

En síntesis, esta peculiar distribución decreciente hacia el Oeste, la persistencia de numerosos elementos auriñacienses y las acusadas diferencias respecto de otros conjuntos más clásicos sugieren que el Perigordense cantábrico no es en todos los casos un complejo industrial diferenciado del Auriñaciense <sup>47</sup>. Por lo menos, en el centro de la costa (Santander-Este de Asturias) parece ser fundamentalmente una irradiación de las técnicas y estructura tipológica del Perigordense de los Pirineos-País Vasco que distorsiona en mayor o menor grado el Auriñaciense evolucionado, sin llegar a transformar las industrias locales en muchos casos. Esta problemática se relaciona también, como veremos, con el proceso de solutrenización.

<sup>42</sup> En su memoria J. M. de BARANDIARÁN incluye cuatro posibles puntas solutrenses (o.c., p. 95, fig. 12: 22-25 y fig. 14:4), lo que le induce a clasificar todo el nivel en el Solutrense inferior. No obstante, en el examen que realicé de la colección sólo contabilicé una pieza solutrense (su fig. 12:25, base de hoja de laurel bifacial, análoga a las del n. superior D) pero ninguna que recordara tipos protosolutrenses, y sí en cambio alguna hoja con amplios retoques continuos por ambos bordes, no específicamente solutrenses.

<sup>43</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY et alii: *Cueva Morín...*, y *El yacimiento de la cueva de «El Pendo»...* En el Castillo, de los tres niveles clasificados por Breuil y Obermaier en el Gravetiense (A, B, C), únicamente los dos primeros se atribuyen con seguridad al

Perigordense con buriles de Noailles, especialmente el B, mientras que el último es de características netamente auriñacienses. Cf. el estudio de F. BERNALDO: o.c., p. 320.

<sup>44</sup> VEGA DEL SELLA, Conde de la: *El Paleolítico de Cueto de la Mina*, «C.I.P.P.», Mem. 13, Madrid 1916, pp. 23-24. JORDÁ, F.: *Los comienzos del Paleolítico superior en Asturias*, «Anuario de Estudios Atlánticos», 15, 1969, pp. 13-17 y 23-26.

<sup>45</sup> SAINT PERIER, R.: o.c., p. 180 y fig. 95.

<sup>46</sup> Para F. BERNALDO: o.c., p. 66, se trata de la típica Punta de Isturitz, lo que, a su juicio, clasifica el conjunto en el Noaillense.

<sup>47</sup> BERNALDO: o.c., p. 230.

En la costa cantábrica la transición al solutrense<sup>48</sup>, lo que denominamos «solutreanización» de los complejos industriales preexistentes, se plantea en una triple dimensión: cronoestratigráfica, tipológica y artística. El inicio de este proceso lo podemos situar a finales del Würm IIIb (pre-Laugerie), coincidiendo con los episodios regresivos y las oscilaciones moderadas que preceden al Würm III-IV (Laugerie). En nuestro Cuadro I corresponde al horizonte industrial VIII, lo que representa un notable retraso respecto del inicio de este proceso en Aquitania, que en esta fase conoce tanto oscilaciones moderadas (base del Solutrense inferior y Solutrense medio de Laugerie-Haute) como episodios más frescos y secos o ya netamente frías (fases XII a XIV de Laville)<sup>49</sup>. Las dataciones absolutas disponibles avallan también este retraso en el inicio del Solutrense. El Perigordense del n. 5 (frío) de Morín se fecha en 20.710 BP superponiéndose otro templado (n. 4) que se supone contemporáneo del Interestadial (Laugerie)<sup>50</sup>, aunque también sería factible situarlo en las postrimerías del Würm III B con un clima inestable. Asimismo, el techo del Solutrense más antiguo (medio A) se fecha en Las Caldas en 19.510 BP (n. 16) en un ambiente interestadial; la base por tanto, con indicios de procesos moderados de gelivación en un ambiente relativamente seco podría corresponder a una etapa pre-Laugerie<sup>51</sup>. No es ésta, en cambio, la posición cronoestratigráfica que ocupa el denominado «Auriñaciense tardío» del Pendo, como hemos visto, sino que se inscribe en el Dryas antiguo y está situado al margen del proceso de solutreanización.

La maduración de este proceso —es decir, el tramo de niveles en los que las técnicas y estructura industrial del Solutrense medio local van generando gradualmente el Solutrense superior, realizándose

esta transición *in situ*— hasta su sustitución por el Magdaleniense inicial (es decir, las fases Laugerie, Dryas inicial, Oscilación de Lascaux) es sincrónica respecto de la zona clásica. Así, en el Abri Fritz el frío pre-Laugerie se fecha en 19.500 BP, y el frío posterior a comienzos del Dryas en 18.200. En las Caldas, además de la citada fecha del n. 16, el tramo siguiente (medio B) está fechado en 19.480 ± 260 y 19.030 ± 320 (respectivamente, base y techo del n. 12). A su vez, el primer nivel frío del Dryas (nivel 9, sobre la base del Solutrense superior del n. 10) está datado en 18.310 BP, que corresponde a la edad estimada para el Solutrense superior del Dryas Ia (niveles 9-7 de Las Caldas, y éste es el tramo en que se sitúan los niveles 4-8 de La Riera).

El tramo siguiente conoce tanto el Solutrense terminal o final como los inicios del proceso industrial y artístico denominado «Magdaleniense». Coincide con una fase climática muy húmeda e inestable, en la que alternan los tramos fríos y húmedos con otros húmedos de moderación térmica. Se trata de una etapa bien marcada en los diagramas polínicos y en la sedimentología<sup>52</sup>, caracterizada localmente por procesos erosivos de cierta entidad que afectan tanto al Solutrense terminal de características templadas (Las Caldas, Chufín, Aitzbitarte, Riera 9-17) como al Magdaleniense arcaico coetáneo o ligeramente posterior (Rascaño 5). Las dataciones radiométricas disponibles tanto de aquél (Caldas, nivs. 4 y 3: 17.050 y 18.250 BP; Chufín: 17.420 BP; base de Aitzbitarte: 17.950 BP) como de la base del Magdaleniense (Rascaño 5: 16.433 BP) coinciden en definir este estadio como una manifestación local de la Oscilación de Lascaux, fechada entre 18.000 y 16.200 BP.

El segundo de los aspectos a considerar es el tipológico. El Solutrense medio cantábrico se define

<sup>48</sup> En ocasiones anteriores ya hemos aludido a los problemas específicos tipológicos y técnicos de las industrias solutrenses, así como a su cronología; y recientemente hemos analizado estas cuestiones desde la perspectiva de las manifestaciones artísticas, por lo que nos limitaremos aquí únicamente a comentar el fenómeno de la solutreanización de la costa cantábrica. Cf. CORCHÓN, S. et alii: *La Cueva de Las Caldas (San Juan de Priorio, Oviedo)*, Madrid 1981; JORDÁ, F.-FORTEA, J.-CORCHÓN, S.: *Nuevos datos sobre la edad del Solutrense y Magdaleniense medio asturianos*, «Zephyrus», 34-35, 1982. CORCHÓN, S.: *El Arte mueble paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno* (en prensa).

<sup>49</sup> LAVILLE, H.: o.c., pp. 383-384. PAQUEREAU, M.: o.c., pp. 145-146 y 156-187.

<sup>50</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.-FREEMAN, L. G., *Cueva Morín...*, pp. 296 y 386. Además, esta datación se ha realizado con la vida media de 5.730 años, pero de haberse calculado con la de 5.570 (Libby) sería aún más tardío (20.106), y consiguientemente lo sería también el techo del nivel siguiente.

<sup>51</sup> JORDÁ-FORTEA-CORCHÓN: o.c., p. 14. HOYOS, M.: *Estudio geológico y sedimentológico de la Cueva de Las Caldas...*, pp. 40-43 (Unidad I-Tramo II); sobre los niveles de base, cf. Unidad I-Tramo I, en pp. 36-39.

<sup>52</sup> LEROI-GOURHAN, Arl.: *Interstades Wurmiens: Laugerie et Lascaux*, «Bull. de l'Asoc. franç. pour l'ét. du Quat.», 1980, pp. 95-100. BOYER-KLEIN, A.: *Nouveaux résultats palynologiques de sites solutréens et magdaléniens cantabriques*, «B.S.P.F.», 1980, t. 77-4.

por una combinación de rasgos clásicos y fuertes reminiscencias de las industrias locales de finales del Würm IIIb, especialmente del Perigordense. Ello se percibe no sólo en el equipamiento material sino también en las manifestaciones artísticas mobiliarias.

El Solutrense medio más antiguo conocido (medio A de Las Caldas) se caracteriza positivamente por un índice elevado de buriles (14 %), especialmente diedros (8 %) y un fuerte componente perigordense (en torno al 14 %). Esta elevada proporción se debe fundamentalmente a las numerosas truncaduras sobre hojas o lascas laminares, puesto que no abundan los restantes elementos de borde rebajado (muy pocas hojas u hojitas de borde rebajado y alguna Gravette como en el n. 15 de Las Caldas). También abunda una raedera plana con retoque corto y plano no solutrense en un borde y escaleriforme en el opuesto, en ocasiones con bec distal robusto. Negativamente se caracteriza por la escasez de raspadores (4 %), de buriles de truncadura (3 %), y por la extrema rareza de los elementos de tipología auriniaciense (0 al 1 %) y de la utilización del retoque solutrense (inexistente en niveles como el 15 o el 14-A, intercalados entre otros con técnica solutrense atestiguada como el 16 o el 14). Hay aún otros rasgos notorios de este primer solutrense, como el carácter laminar de la industria (sobre grandes hojas simples o lascas laminares anchas y muy planas), la mediocridad en la factura del utillaje común, especialmente de buriles entre los que destacan los de ángulo o diedros. Estos útiles se obtienen de grandes núcleos discoides, globulosos y prismáticos muy voluminosos con dos planos de percusión, que están ampliamente documentados en Las Caldas.

Al respecto, parece oportuno valorar las observaciones de Laplace sobre el origen de los gruesos tipos foliáceos del Solutrense medio. En su opinión, esa innovación no radicaría en la extensión del retoque de las puntas de cara plana (muy escasas en el Cantábrico) sino en un doble proceso. Por una parte, en una técnica peculiar de utilización del núcleo solutrense mediante extracciones centrípetas que prefiguran la pieza foliácea, y por otra en la genera-

lización del retoque solutrense que se inicia a partir de entonces<sup>53</sup>.

En el tramo siguiente, Solutrense medio B, se generaliza el retoque plano amplio no solutrense descrito, incrementándose muy débilmente, en cambio, el solutrense. Se aplica en hojas y en las citadas raederas planas que, en ocasiones, son verdaderas ojivas. Aunque ese retoque en ocasiones recuerda lo auriniaciense, en realidad está más cerca de lo que Bordes describe como retoque protomagdaleniense<sup>54</sup>, aunque conviene precisar que en el Cantábrico no existen niveles perigordenses de estas características, y además ese retoque es más frecuente en el tramo solutrense medio B que en el A. Este Solutrense medio B ya lo encontramos extendido por toda la costa cantábrica, en niveles como Cueto de la Mina (F), Hornos de la Peña y Bolincoba (aquí subsumido entre Perigordense y Solutrense superior, en las viejas colecciones).

Otro aspecto de este problema es el proceso tipológico y técnico que se opera ulteriormente, y que denominamos Solutrense superior. También en este caso está documentada estratigráficamente su realización por evolución local, realizada *in situ* en Las Caldas, avalada además por una continuidad sedimentológica que sitúa la base del Solutrense superior de este yacimiento (n. 10) aún en el Interestadial (Laugerie). Este nivel y el siguiente, ya del Dryas, muestran unas características tecnomorfológicas intermedias, con útiles de tipología Solutrense superior pero técnicamente vinculados aún al Solutrense medio subyacente<sup>55</sup>. De la estructura industrial del Solutrense superior destacamos sólo dos aspectos. El primero se refiere a la técnica de lascado y al modo de retoque, y contempla una neta tendencia al incremento de las hojas y una factura diferente para las lascas, que ahora son cortas y abultadas. En lo que se refiere a la materia prima seleccionada, aunque el sílex se emplea masivamente para la confección del utillaje común, los útiles solutrenses, en cambio, ahora se realizan en cuarcita con un retoque plano y regular muy diferente del anterior. Ello se relaciona con un fenómeno característico de estos niveles: la generalización del

<sup>53</sup> LAPLACE, G.: *Solutrèen et foyers solutrèens. Essai de Typologie analytique sur le phénomène de solutrèanisation*, «Munibe», XIV, 1962, p. 438.

<sup>54</sup> BORDES, F.: *Le Protomagdalénien de Laugerie-Haute Est (fouilles F. Bordes)*, «B.S.P.F.», 75, 1978, pp. 501-521.

<sup>55</sup> Estos aspectos ya han sido tratados ampliamente en otra ocasión, cf. CORCHÓN, S.: *La Cueva de Las Caldas...*, p. 223 y ss.

retoque solutrense, que sería realizado fácilmente por presión en una materia blanda y común en la región como la cuarcita. Con ella se realizan el variado elenco de útiles foliáceos que caracterizan a estos niveles del Dryas inicial: hojas de laurel uni o bifaciales de base cóncava, asimétricas, denticuladas, puntas de muesca solutrense y de retoque marginal, hojas de sauce y puntas de cara plana. En los niveles transicionales o de base se encuentran junto a ellas las toscas piezas solutrenses bifaciales de retoque irregular y perfiles gruesos.

El segundo rasgo se refiere a la composición del utillaje común, netamente más variado. El elenco anterior de útiles de borde rebajado se mantiene, y las truncaduras y hojas de borde rebajado son numerosas en algunos niveles (Caldas, Cova Rosa, Pasiega, Morín, Bolincoba y Aitzbitarte), encontrándose aisladamente algunas Gravettes (Cueto de la Mina, Chufín), comparables a las del Solutrense medio de Caldas, Hornos de la Peña o Bolincoba. También las hojitas de dorso, muy raras anteriormente, ahora se incrementan y diversifican. Denticulados finos y escotaduras son también elementos comunes en este Solutrense. En cambio, la industria ósea es poco variada, añadiendo a los anteriores tipos bicónicos o biselados la azagaya de aplastamiento central, limitada por el momento al centro (Este de Asturias-Santander: Cueto de la Mina, Cova Rosa, Balmori y La Riera), así como robustas varillas ovales (Aitzbitarte) y finas espátulas o bramaderas (Altamira, Bolincoba).

Y finalmente, desde el punto de vista del Arte presente en estos niveles, la continuidad con el Perigordense local parece palmaria. Las *series de incisiones continuas* en paralelo, muchas veces estructuradas en períodos, enlazan directamente con las perigordenses. Esta decoración aplicada a plaquitas rectangulares y a colgantes ovales produce un objeto característico del Solutrense del litoral (Caldas, Cueto de la Mina, Cova Rosa, Altamira), también documentado en el Perigordense de la región (Morín, Bolincoba). Y lo mismo puede afirmarse del resto de los motivos típicamente solutrenses, como el *reticulado* (Caldas, Cierro) o los *trazos pareados* (Caldas, Cueto de la Mina), que tienen excelentes paralelos en las colecciones pirenaicas (Isturitz) o aquitanas (Laugerie-Haute). Finalmente, el sentido del relieve y las primeras realizaciones escultóricas, así como el desarrollo de los diversos tipos de recortes son también fenómenos que definen el

Solutrense local (Buxu, Aitzbitarte, Pendo, Bolincoba, Cueto de la Mina, Las Caldas), y que genéricamente se consideran también elementos de raíz perigordense y no auriñaciense.

En suma, los factores apuntados parecen relacionar los inicios del Solutrense cantábrico con un sustrato perigordense más que con el Auriñaciense local. Pero esta raigambre la entendemos en el sentido de que esa *solutreanización* se operaría a partir de una estructura industrial Perigordense tardío de características regionales y con un contingente reducido de útiles de borde rebajado. Ello puede explicar la abundancia de truncaduras y la presencia esporádica de piezas de tipología perigordense durante toda la secuencia solutrense. Ahora bien, este proceso de adaptación que coincide con las crisis climáticas de finales del Würm III, probablemente no es único ni uniforme, puesto que esa raíz perigordense es mucho más nítida en el occidente asturiano y en el País Vasco. En estas áreas, el sentido de esa adaptación del utillaje parece ser el de una creciente especialización del utillaje y la limitación de la técnica del borde rebajado a útiles muy específicos, utilizándose cada vez más, en cambio, el retoque simple o el plano. Ello explicaría también por qué los niveles solutrenses más antiguos son tipológicamente muy pobres, escasos en tipos, a pesar de la vistosidad de las hojas y lascas-soporte, y también la escasa o nula utilización del retoque solutrense. En este sentido, la verdadera «solutreanización» del litoral apenas es perceptible hasta finales del Solutrense medio, cuando las colecciones ya comportan variadas categorías de objetos líticos y óseos, utilizándose además las técnicas y útiles solutrenses con cierta amplitud.

En cambio, en el centro de la costa no se percibe este temprano proceso, y aquí pudo haber perdurado más el Perigordense final o un Auriñaciense tardío regional (en todo caso, anterior al tramo IV-III del Pendo), operándose esa transición tardíamente. Ello explicaría la casi ausencia de Solutrense medio y la falta de homogeneidad de ese Solutrense, cuyos niveles muestran en unos casos características acusadamente auriñacienses, y perigordenses en otros, aunque se trate de conjuntos coetáneos. Y ello también justificaría la temprana aparición de Magdaleniense arcaico, reducido a pequeños núcleos en el centro de la costa.

A comienzos de la Oscilación de Lascaux, finalmente, se percibe un empobrecimiento general del

utilitaje en los niveles solutrenses, que fundamentalmente se limita a buriles sobre rotura, becs y pequeñas escotaduras o denticulados. A nivel técnico esta evolución se percibe en la abundancia de núcleos informes cuyas lascas, cortas y gruesas, son el soporte del utilitaje común. Este parece evolucionar en el mismo sentido que en etapas anteriores; por una parte se acentúan los rasgos típicos de la fase anterior (escasez de raspadores, abundantes buriles sobre roturas y becs, creciente importancia del sustrato arcaizante), pero por otra se va rarificando el retoque amplio y el cubriente, sustituido por otro marginal corto, a veces inverso, alterno o semiabrupto. La industria ósea se empobrece también, al igual que los útiles específicamente solutrenses (2,53 %), limitados a algunas puntas de cara plana y hojas de laurel de base cóncava cortas y abultadas, y escasas puntas de muesca. Este Solutrense terminal o final se encuentra tanto en el sector occidental (Las Caldas) como en el central (Chuffín, Coberizas) donde niveles antiguamente excavados debían contener también este Solutrense, además del superior típico (Cueto de la Mina, Altamira colección Alcalde del Río, La Pasiega, Morín). El sector oriental, a su vez, conoce una evolución comparable al final del Solutrense en Aitzbitarte, Santimamiñe o Ermitia.

Hay, sin embargo dos rasgos nuevos en el Solutrense terminal. Uno es la presencia de numerosas lasquitas con retoques abruptos, tipo rasquetas, pero discontinuos en muchos casos (rasquetas atípicas). El otro es la abundancia y variedad de las hojitas de dorso, que se triplican respecto del Solutrense superior (truncadas, de dorso, denticuladas, de escotadura, de dorso truncadas y algunas Dufour). Ello seguramente se relaciona con la presencia de industrias magdalenenses contemporáneas que parecen condicionar este Solutrense. Este problema, el entronque de los primeros niveles magdalenenses con el Solutrense terminal, es una cuestión debatida actualmente.

#### IV. EL MAGDALENIENSE CANTÁBRICO: ¿SECUENCIA UNITARIA?

Hoy la sistematización de la secuencia magdalenense adolece aún del lastre, que representa la división en VI etapas sucesivas, fruto de los estudios realizados por Breuil entre 1912 y 1954. Estos, sustentados en estratigrafías magdalenenses potentes y ricas en material óseo (Placard para el Magdalenense antiguo, La Madeleine y las colecciones pirenaicas para el medio y superior), definieron un esquema unilineal en la evolución del Magdalenense, estableciendo a la vez unas cómodas pautas para la clasificación de las colecciones francesas y españolas, así como de los yacimientos con una sola fase representada o con estratigrafías más cortas. La industria lítica de las primeras etapas, inicialmente marginada por Breuil, será incorporada por Peyrony y por Cheynier a esta clasificación, basándose aquél en sus excavaciones de Laugerie-Haute. La de Cheynier, por su parte, se apoyaba en una base documental más amplia que incluía yacimientos también peninsulares como Parpalló, y establecía una secuencia más matizada de tres etapas y cinco fases. Sin embargo, se vio muy pronto que estas clasificaciones carecían de validez general, ya que Breuil y Peyrony se apoyaban en tipos óseos y líticos que, en mayor o menor medida, se encuentran en todos los estadios magdalenenses. Y la de Cheynier, aunque ordenaba satisfactoriamente los niveles entonces conocidos, en realidad se basaba en el orden de aparición de muy pocos elementos (rasquetas, hojitas y triángulos)<sup>56</sup>. Estos estudios, revisados más tarde por Bordes y Sonnevile-Bordes y ampliados a la secuencia con arpones<sup>57</sup>, han consolidado una tradición de investigación que se basa en la unidad cultural del fenómeno magdalenense.

En el caso del Cantábrico, las orientaciones de Breuil parecen inspirar también las de Vega del Sella (1917) y Obermaier (1925)<sup>58</sup>. El primero dis-

<sup>56</sup> BREUIL, H.: *Les subdivisions du Paléolithique supérieur et leur signification*, «C.I.d'Anthrop. et d'Arch. Préh.», Genève 1912 (edic. 1937), p. 485. Ibid.: *Le Magdalénien*, «B.S.P.F.», LI, 1954, pp. 59-64. PEYRONY, D.: *Laugerie-Haute près des Eyzies*, «A.I.P.H.», París 1938, pp. 46 y ss. CHEYNIER, A.: *Le Magdalénien. Note complémentaire*, «B.S.P.F.», LI, 1954, pp. 64-66; Ibid.: *Les industries Protomagdaléniennes*, «B.S.P.F.», 1951, pp. 190-192; sobre la secuencia de las puntas óseas, cf. del mismo: *Improntu sur la séquence des pointes au Paléolithique supérieur*, «B.S.P.F.», LV, 1958, pp. 190-205.

<sup>57</sup> BORDES, F.: *Nouvelles fouilles à Laugerie-Haute Est. Premiers résultats*. «L'Anthrop.», 62, 1958, pp. 205-244. Ibid.: *Le Paléolithique en Europe*, vol. II, Bordeaux 1984, p. 275 y ss. SONNEVILLE-BORDES, D.: *L'évolution du Paléolithique supérieur en Europe occidentale et sa signification*, «B.S.P.F.», LXIII, 1966; ibid.: *Le Paléolithique supérieur en Périgord*, Bordeaux 1960.

<sup>58</sup> VEGA DEL SELLA, Conde de: *Avance al estudio del Paleolítico superior en la región asturiana*, «As. esp. para el progreso de las Ciencias», Madrid 1917, pp. 139, 160. OBERMAIER, H.: *El hombre fósil*, Madrid 1925, p. 232.

tinguió cinco etapas sucesivas apoyándose en la observación de las estratigrafías combinadas de Cueto de la Mina y La Paloma (Magdaleniense A-E), y el segundo seis (a-f) ateniéndose a la del Castillo. Por su parte Vega del Sella admite la virtualidad de una etapa media (o Magdaleniense IV clásico), la tercera de su ordenación, que en cambio es negada por Obermaier puesto que sus etapas *d* y *e* se identifican con los Magdalenienses V y VI clásicos y la *f* con la transición al Aziliense. El interés actual de estas primeras ordenaciones reside en el hecho de que contemplan el Magdaleniense inferior cantábrico como un estadio más complejo que el III clásico, con el que sin embargo se ha comparado con frecuencia. Tal complejidad es el punto de partida de la ordenación del Magdaleniense inferior de P. Utrilla, con el interés además de atender al desarrollo local y ámbito geográfico de las diversas facies que lo integran<sup>59</sup>.

Por su parte, recientemente I. Barandiarán y J. González Echegaray distinguen un gran complejo cultural Magdaleniense inferior o industrias sin arpones, por oposición a otro gran complejo con arpones o Magdaleniense superior. Estos complejos industriales se explicitan en una fase de iniciación, en otra nodal o de manifestación plenamente típica y, finalmente, en una última marginal respecto de ésta<sup>60</sup>. Desde otro punto de vista, también A. Moure viene insistiendo desde hace años en la virtualidad de una secuencia dividida sólo en Magdaleniense inferior cantábrico, que culturalmente no sería paralelizable con el III francés y que en el tiempo discurriría paralelamente al IV clásico, y el Magdaleniense con arpones. La evolución de este último se percibiría, en lo lítico, en el comportamiento del utillaje de hojitas, geométricos y útiles de tipo aziliense (disquitos, unguiformes y puntas azilienses), y su final engloba al Aziliense<sup>61</sup>.

Hoy, además, la información suministrada por las excavaciones recientemente publicadas, y en curso, también parecen cuestionar el mantenimiento de la unidad cultural del proceso industrial y artístico que denominamos «magdaleniense», y por lo mismo la oportunidad de seguir denominándolo

acorde con las seis etapas clásicas. Hoy es patente que estas fases pueden no ser sucesivas sino coetáneas, y no derivar unas de otras sino tener una raíz y desarrollo independientes. Y, por otra parte, tampoco son capaces de reflejar la evolución a nivel local, puesto que con frecuencia las series estratigráficas son coherentes con las industrias anteriores y posteriores, pero resultan anómalas y difíciles de comparar con las de las regiones vecinas si nos atenemos a la rigidez de aquella clasificación. Esta doble problemática se plantea con particular agudeza a comienzos de la secuencia, al analizar los Magdalenienses «arcaico» e «inferior».

El Magdaleniense comienza a manifestarse en la costa cantábrica durante la Oscilación de Lascaux, coexistiendo al menos con los tramos más recientes del Solutrense terminal (cf. cuadro II). Es lo que se denomina *Magdaleniense arcaico*, bien definido por P. Utrilla. Su problemática se centra en torno a dos cuestiones, una de carácter tipológico y técnico, sus relaciones con el Solutrense terminal, y otra cultural y estratigráfica por cuanto aparentemente se muestra escindido en fases regionales, sin relación evidente con los niveles magdalenienses posteriores.

En su reciente ordenación P. Utrilla distingue dos facies dentro del Magdaleniense arcaico definidas por su industria ósea, que pueden ser o no sucesivas. En relación con la primera de las cuestiones apuntadas, por el momento nos interesa únicamente la denominada *facies tipo Rascaño 5*, con «puntas largas y planas», ya señalada por Vega del Sella en su Magdaleniense A. Además de Rascaño 5 comprende las industrias de los niveles inferiores al 8 de La Paloma y, con algunas dudas, los del Río y F de Lumentxa.

En estas industrias sorprende la similitud global de los elementos líticos con el Solutrense terminal tal y como aparece definido en Las Caldas (especialmente con los niveles 4 y 3). Son industrias escasamente laminares que utilizan ampliamente la cuarcita, con un utillaje trabajado a partir de lascas anchas y cortas. El sustrato arcaizante es importante, y abundan las lasquitas con retoque en «raclette» (en algunos casos son típicas rasquetas). Como

<sup>59</sup> UTRILLA, P.: *El Magdaleniense inferior y medio en la costa cantábrica*, Santander 1981. Ibid.: *El Magdaleniense inferior del Rascaño en el conjunto del Magdaleniense cantábrico*, en: GONZÁLEZ ECHEGARAY et alii: «EL Paleolítico superior de la Cueva del Rascaño», Santander 1981.

<sup>60</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.,-BARANDIARÁN, I.: *El Paleolítico superior de la Cueva del Rascaño...*, p. 336.

<sup>61</sup> MOURE, A.: *Cronología de las industrias tardiglaciales en el Norte de España*, «Trabajos de Prehistoria», 32, 1975, pp. 21-34. Ibid.: *Problemas generales del Magdaleniense superior cantábrico*, «Bol. del S.E.A. y A.», 1971, pp. 353-382. Ibid.: *Magdaleniense y Aziliense de la provincia de Santander*, «XL Aniv. del C.E.M.», III, Santander 1978, pp. 323-339.

sucedía en el Solutrense superior local los elementos de tipología perigordienne siguen siendo significativos, y los índices de raspadores y de hojitas resultan excesivamente bajos en relación con las industrias magdalenienses que les suceden. Sin embargo, la industria ósea es de tipología netamente magdaleniense, excepto en lo concerniente a la técnica del surco por excisión (que ya se encuentra en el Solutrense superior de Aitzbitarte): azagayas con bisel en lanceta y estriación en espiga, en cuádruple bisel y pieza intermedia biselada en ambas extremidades. Todos estos tipos tienen buenos paralelos, respectivamente en el Magdaleniense antiguo de Placard y Laugerie-Haute, en el «medio» (cf. más adelante) de Las Caldas, y en los «inferior-medio» locales.

En suma, esta síntesis de rasgos solutrenses y magdalenienses parecen marcar una acusada coincidencia con el Solutrense terminal, por lo menos a nivel tipológico. Sin embargo, las estratigrafías disponibles no permiten interpretar esas afinidades como una relación filética (una «magdalenización» del Solutrense tardío); su misma contemporaneidad a escala sedimentológica ya se opone a ello. Y tampoco parece defendible la hipótesis de que estas industrias son, simplemente, manifestaciones locales de un mismo complejo industrial. Aunque no se oponen a esta segunda interpretación ni la cronoestratigrafía de los niveles ni el grueso de la industria lítica, sí se opone, en cambio, el acusado componente perigordienne de los conjuntos solutrenses, en contraste con el elemento auriniense que personaliza al Magdaleniense arcaico de Rascaño. Una tercera hipótesis, que ya apuntamos en otra ocasión<sup>62</sup>, explica estas afinidades contemplando el Solutrense terminal cantábrico como una industria derivada del Solutrense superior típico, y a la vez como una industria perturbada tanto por los cambios climáticos como por otras magdalenienses contemporáneas presentes en el área. Ello plantea inmediatamente el problema de la formación de estas industrias «Magdalenienses arcaicas», lo cual ya entra de lleno en la segunda de las cuestiones apuntadas, que se comenta más adelante.

La otra facies definida por P. Utrilla es la *tipo Castillo B inferior*, en la que se acomodan los niveles del Castillo, Altamira, La Pasiega y Balmori. Todos ellos tienen en común la posesión de la azagaya

biapuntada con monobisel terciado de tradición solutrense, y en algún caso también la técnica artística del grabado-estriado.

Sin embargo estos niveles, a diferencia de lo que sucede en la facies tipo Rascaño, no están exentos de problemas al tratarse de excavaciones antiguas (y en el caso de La Pasiega y de la colección Carballo del Castillo sabemos que los materiales solutrenses y magdalenienses ya aparecían mezclados durante la excavación)<sup>63</sup>. En cuanto a Balmori, la colección publicada originalmente (Museo de Ciencias Naturales) no contenía estas puntas, pero sí la particular del Conde que no llegó a publicar (Museo de Oviedo) de características muy diferentes, pero similar, en cambio, a la de La Riera, con la que probablemente ha debido mezclarse. Restan Altamira y los materiales de las excavaciones del I.P.H. de Castillo, cuya integridad en este caso está avalada por la existencia de tramos estériles que separaban el Solutrense del Magdaleniense. Pero no cabe olvidar que esta punta no es capaz de apoyar la caracterización de un contexto magdaleniense. Conocida en el Auriniense V (quizá intruida del Perigordienne) y en el Magdaleniense antiguo de Laugerie-Haute, aparece en la región durante el Solutrense superior aunque parece estar limitada al centro del área (Este de Asturias-Centro de Santander). Se la encuentra en el Magdaleniense de Altamira (9 ejemplares) y del Castillo (2 ejemplares), pero también en La Pasiega, Cierro y Cueto de la Mina (3 en aquella y 2 en éstos), al igual que en la Cueva del Río (o Lloseña) y en el «medio» de La Paloma (3 piezas). Es muy abundante sobre todo en el Magdaleniense superior del Castillo (una docena de ejemplares de todos los tamaños y características), y en menor medida en los de La Riera y Morín (exc. Vega del Sella). Finalmente, esporádicamente se la encuentra también en el Magdaleniense final del Pendo y Urtiaga y, sin estriación, en Collubil.

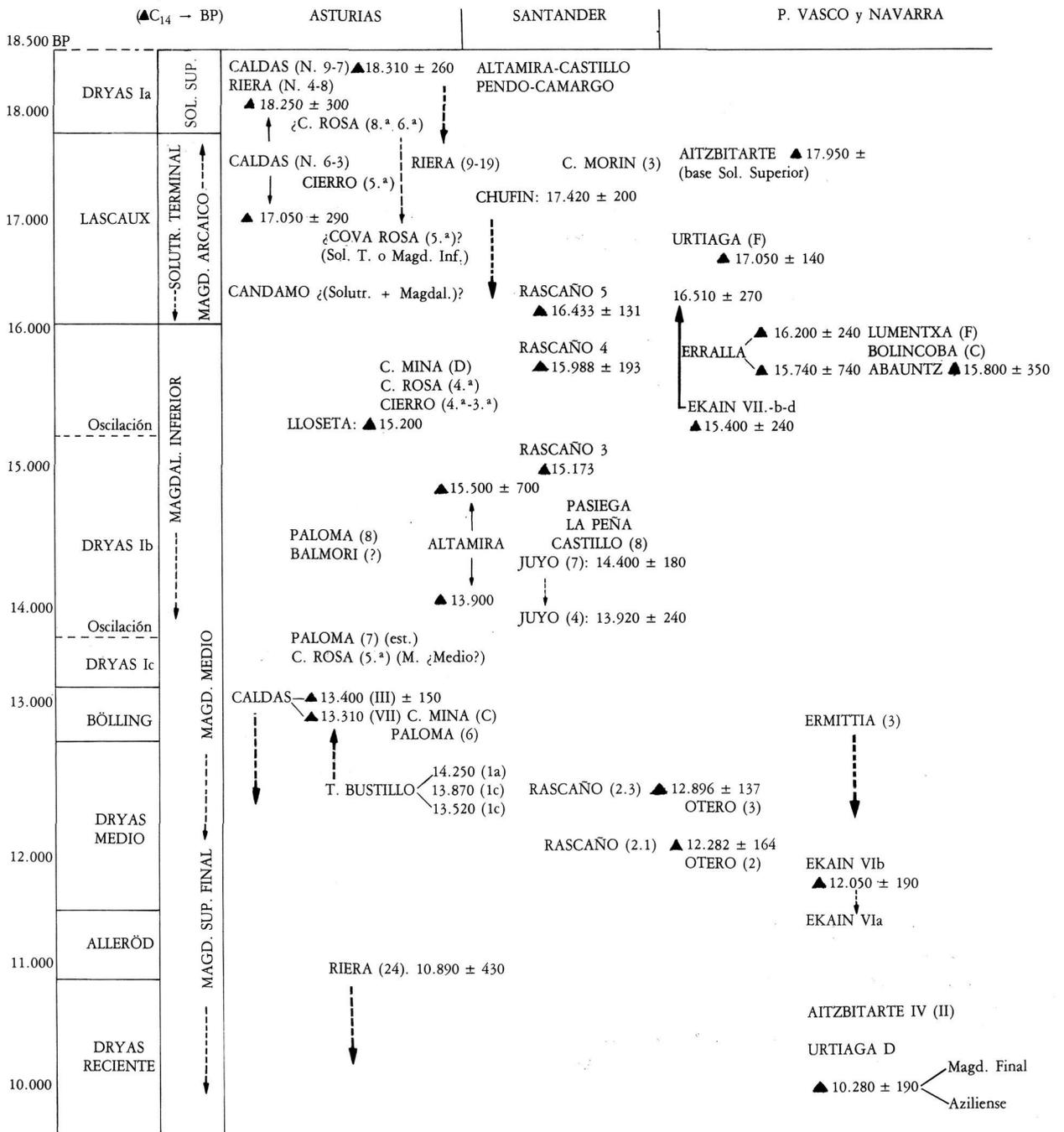
Por lo que se refiere al Magdaleniense inferior, desde un punto de vista cronoestratigráfico se sitúa con cierta precisión en pleno Dryas antiguo (o Ib de la cronología polínica de A. Leroi-Gourhan), aproximadamente entre 16.000 y 14.000 BP, en un entorno escasamente arbolado y caracterizado por unas condiciones ambientales secas y rigurosas. Las dataciones de Altamira y del n. VI del Juyo (15.500 ±

<sup>62</sup> CORCHÓN, S.-HOYOS, M.-SOTO, E.: *La Cueva de Las Caldas...*, pp. 229-231.

<sup>63</sup> GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.: *Excavaciones en la cueva del Castillo, «Altamira» 2-3*. 1951, pp. 236-241.

700 y 15.300 ± 700 BP) o las más antiguas de Rascaño 4 (15.988 ± 193 BP) y Abautz (15.800 ± 350 BP) marcan bien los inicios de este horizonte (cf. Cuadro II).

Algunos conjuntos incluyen especies frías como la *Cyprina islandica* (C. Mina y Balmori), pero globalmente estos conjuntos están dominados por especies de bosque. Ello concuerda bien con los re-



cientes estudios sedimentológicos que muestran algunas inestabilidades y cortos períodos de moderación de aquellas condiciones. Según M. Hoyos y H. Laville<sup>64</sup>, durante el Magdaleniense inferior estos períodos de incremento de la humedad se concretizan en procesos erosivos, uno de los cuales está marcado en los niveles 3 de Rascaño y 7 de La Paloma, éste sin industria. A su vez, en Las Caldas existe también un hiato entre el n. 3 (Solutrense terminal) y el 2 (Magdaleniense «medio» avanzado) que podría marcar el último de estos procesos, y no la Oscilación de Lascaux como habíamos supuesto anteriormente. Pero sean una o dos las fases erosivas detectadas (manifestaciones locales de Angles y Pre-Bölling), y ello deberán determinarlo los geólogos, en Las Landas-Pirineos esta segunda oscilación moderada y húmeda se produce ya asociada a industria Magdaleniense medio<sup>65</sup>. En el Cantábrico, desde criterios estrictamente tipológicos, estas erosiones que comentamos pueden explicar la mezcla de industrias en colecciones globalmente clasificadas como «Solutrense superior» o «Magdaleniense inferior» (como parece ocurrir en Ermitia o Candamo).

Por otra parte, parece un hecho probado estratigráfica y sedimentológicamente que este Magdaleniense inferior ha perdurado en la costa, con la misma estructura industrial, a finales del Dryas Ib. Ello aparece reflejado en el amplio espectro cronológico que abarcan las dataciones obtenidas de tramos sedimentológicos muy amplios con Magdaleniense inferior (Juyo n. 7: 14.400, y n. 4: 13.920; Altamira: 15.500 y 13.900 BP), aunque parte de estas diferencias serían explicables por diferencias en la calidad de la muestra, y por la desviación estándar. Sin embargo, esa larga duración también está reflejada en secuencias como la del Juyo o en la serie Rascaño 4-Rascaño 3, que evidencian el desarrollo local de estos complejos industriales, que al final incorporan elementos del Magdaleniense medio pirenaico del que ya son entonces contemporáneos.

Un avance importante en la definición de estos conjuntos cantábricos representan los trabajos de P. Utrilla, al analizar este Magdaleniense inferior tanto con referencia al equipamiento (los rasgos básicos son, en lo lítico la presencia del raspador nucleiforme, y en lo óseo la azagaya monobiselada con decoración geométrica) como a las modalidades locales. En este sentido, distingue una *facies tipo Juyo* y una *facies del País Vasco*<sup>66</sup>. La primera, que comporta los niveles santanderinos y del Este de Asturias, incluye porcentajes elevados de los elementos básicos citados (el raspador nucleiforme en algunos niveles alcanza el 50 %, aunque su índice puede restringirse si se eliminan los núcleos; pero, en cualquier caso, los raspadores siempre superan a los buriles). Además son conjuntos escasamente laminares y poco ricos en hojitas. En cambio, en la *facies del País Vasco*, que incluye también los niveles del occidente asturiano (Bolincoba, n. III de Aitzbitarte, Abautz y n. 8 de La Paloma) abundan menos los nucleiformes, predominan los buriles sobre los raspadores (especialmente los de truncadura) y son conjuntos de gran calidad técnica mucho más laminares que aquellos, incluyendo las típicas hojas retocadas que caracterizarán los conjuntos posteriores con arpones.

Estas modalidades en el utillaje del Magdaleniense inferior, unido a la larga duración del complejo sin arpones dibujan un panorama complejo en el que parecen coexistir varios tipos de Magdaleniense, evolucionando localmente con relativa independencia, el conjunto de los cuales conforma ese proceso de «magdalenización» de la costa cantábrica (Fig. 24). Por tanto, ese proceso se puede sintetizar de la siguiente manera, a título de esquema provisional:

El primer eslabón lo constituye el *Magdaleniense arcaico* tal y como aparece definido en la *facies tipo Rascaño* de P. Utrilla. Su estructura técnica y tipológica debía estar definida antes del Dryas antiguo, puesto que en esa fase climática ya es contem-

<sup>64</sup> LAVILLE, H.-HOYOS, M.: *Estudio geológico de Rascaño*, en: GONZÁLEZ ECHEGARAY et alii: «El Paleolítico superior de la cueva del Rascaño...», p. 209. HOYOS, H.: *Estudio geológico y sedimentológico de la cueva de La Paloma (Soto de las Regueras, Asturias)*, «E.A.E.», 116, 1980, pp. 23-66.

<sup>65</sup> Por ejemplo en Duruthy, donde se documenta bien la sucesión Magdaleniense inferior-medio, estas inestabilidades están fechadas: la base del Magdaleniense inferior (en el frío del Dryas antiguo Ib) se data en 14.180 BP, y el medio tanto en el

ambiente moderado del Pre-Bölling en 13.890 BP como de nuevo en el frío de fines del Dryas antiguo o Ic en 13.510 BP. ARANBOUROU, R.-PAQUEREAU, M.-EVIN, J.: *Le gisement préhistorique de Duruthy à Sorde-L'Abbaye (Landes)*, París 1977. PAQUEREAU, M.: *Quelques types de flora tardiglaciaire dans le Sud-Ouest de la France*, en: «La fin des Temps Glaciaires en Europe», C.N.R.S., París 1979, pp. 151-157.

<sup>66</sup> UTRILLA, P.: *El Magdaleniense final y medio en la costa cantábrica*, Santander 1981.

poráneo del Solutrense terminal. Ambos parecen influenciarse, aunque como hemos visto parece que se trata de procesos de adaptación al entorno independientes, puesto que su estructura tipológica se relaciona más con lo Auriniaciense que con lo Solú-

treo-Perigordiense. A comienzos del Dryas antiguo (cf. Cuadro II) este reducido núcleo magdaleniense se identifica ya con lo que conocemos como *Magdaleniense inferior (tipo Juyo)*, dadas las afinidades entre ambos y su posición subyacente. En cualquier

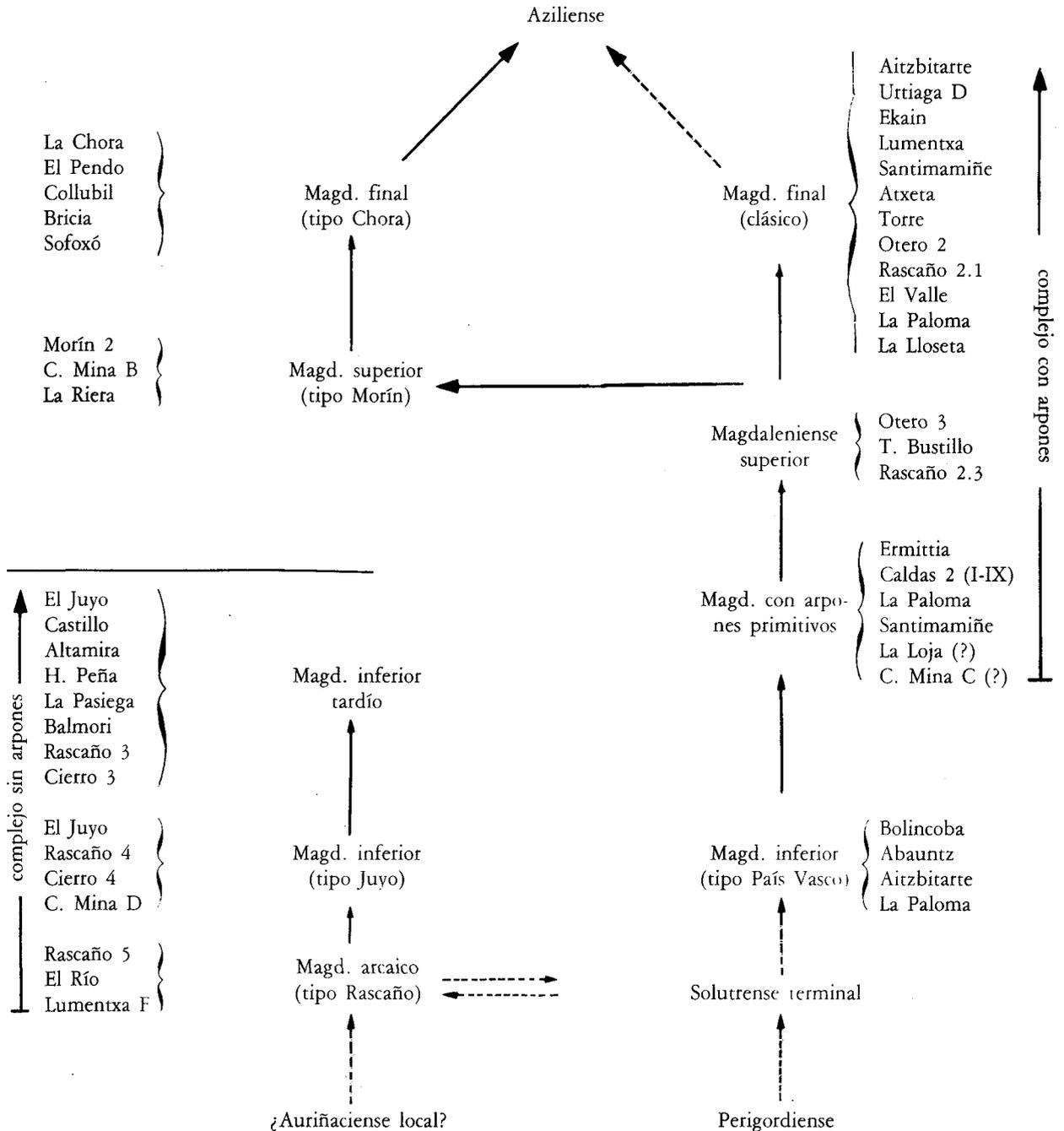


FIG. 24. Esquema provisional de evolución plurilineal de la secuencia magdaleniense cantábrica

caso, este último sabemos que ya estaba individualizado durante la primera fase del Dryas antiguo, aproximadamente hacia el 16.000 BP (Rascaño 4: 15.988 BP), y que esa misma estructura tecnomorfológica pervive durante el resto del Dryas antiguo en lo que podemos denominar *Magdaleniense inferior tardío*, mientras se está desarrollando el Magdaleniense medio pirenaico (del que también consta que recibe, esporádicamente, algunos elementos culturales, bien reflejados en la industria ósea y el Arte mueble: propulsor del Castillo, varillas con decoración curvilínea de Hornos de la Peña y La Pasiega, contorno recortado del Juyo, etc.). Este sería, en suma, el *Complejo magdaleniense sin arpones*, que incluye una parte sustancial de los Magdalenienses inferior y medio definidos por P. Utrilla, aunque contemplados no como fases o complejos industriales diferenciados, sino como una mera prolongación en el tiempo de aquel Magdaleniense con un fuerte componente de elementos auriñacienses. El carácter derivado de este tipo de Magdaleniense «medio» (Magdaleniense inferior tardío) respecto del inferior del centro de la costa, está avalado también por su continuidad probada en el tiempo (Rascaño 3: 15.173) en el espacio (ocupa el mismo medio: Este de Asturias-centro de Santander), así como por el Arte mueble y la estructura tipológica del utillaje lítico y óseo, claramente relacionado con él pero muy diferente de la «clásica». Estos rasgos tipológicos son: índice elevado de raspadores (en torno al 30 %), netamente superior al del buril, entre los que destacan los de tipología auriñaciense (en torno al 20 %), lo cual unido a la presencia de algunas hojas auriñacienses eleva el GA. El componente perigordiese, en cambio, es bajo destacando únicamente las hojitas de dorso (10-30 %).

Por otra parte, contemporáneo pero independiente de este Magdaleniense inferior tipo Juyo, parece existir ya otra corriente tecnomorfológica que se desarrolla igualmente a lo largo del Dryas antiguo pero cuyos antecedentes diferirían. Es el *Magdaleniense inferior facies País Vasco*, en pleno vigor en torno al 15.000 BP. Esos antecedentes no están documentados estratigráficamente, pero a nivel tipológico sus relaciones con el Perigordiese final y Solutrense locales son muy notorias. El componente perigordiese es más acusado que en la facies del centro, los buriles son más abundantes que los raspadores, está enriquecido en las hojas retocadas que caracterizarán el Magdaleniense con arpones posterior,

y en algunos niveles también en hojitas de dorso, aunque no en elementos geométricos. De este modo, estas industrias parecen guardar una estrecha relación con lo que a partir del final del Dryas antiguo es ya un incipiente *complejo magdaleniense con arpones*. Por el momento se conoce con cierta amplitud sólo en el sector oriental y en un nivel occidental asturiano, como hemos apuntado, pero no cabe olvidar tampoco el reconocido parecido entre las colecciones de Abauntz o del n. 8 de La Paloma con los primeros conjuntos con arpones tipo Ermitia o Las Caldas.

Ermitia, Las Caldas y La Paloma son por el momento las únicas colecciones numerosas publicadas referibles a los inicios del *complejo magdaleniense con arpones*, aunque existen otras comparables y niveles en curso de excavación y estudio. En sus ajuares líticos escasean la mayoría de los elementos que caracterizan al Magdaleniense inicial del centro de la costa. Los tipos altos de raspadores que engrosaban los índices de aquel Magdaleniense se han rareado, aunque no falten moderados porcentajes de raspadores auriñacienses. Estos útiles, siempre inferiores en número a los buriles, frecuentemente son tipos laminares sobre pequeñas hojas bien retocadas, y también los buriles, mayoritariamente diedros y de ángulo, suelen estar trabajados en hojas. Los útiles compuestos, perforadores y hojas retocadas experimentan un gran desarrollo, pero en cambio el utillaje microlítico está poco diversificado abundando sólo las hojitas de dorso (con algunas truncadas, de escotadura o denticuladas, y algunos escalenos y Dufour poco típicas). El componente perigordiese es elevado (20-25 %), engrosado por las citadas hojitas, microgravettes y algunas truncaduras, en contraste con un exiguo grupo auriñaciense (1-2 %). El rasgo más característico de estos primeros conjuntos, sin embargo, es la variedad de los tipos óseos. Se encuentran azagayas cilíndricas de base en doble bisel frecuentemente liso, así como otras triangulares acanaladas y cuadrangulares biapuntadas de base fuertemente incisa, así como punzones pedunculados de base estrechada por recorte. También son comunes las largas varillas semicilíndricas con la cara interna estriada y decoración lateral o dorsal (Ermitia, Santimamiñe, Las Caldas), en algún caso con relieves tuberculados (Santimamiñe). Útiles más infrecuentes pero muy típicos son la azagaya de base ahorquillada, presente en la mayoría de los niveles (Ermitia, Lumentxa, La Paloma) aun-

que sólo abunda en Las Caldas<sup>67</sup>, la azagaya de cuádruple bisel (Las Caldas), la pieza de enlace (La Paloma, Santimamiñe) y los protoarpones de una o dos hileras de dientes (Ermittia, La Viña, y abundantes en Las Caldas)<sup>68</sup>. Estos en Ermittia y Las Caldas se acompañan ya de algún arpón de una hilera de dientes. Por el momento son piezas únicas las puntas dentadas por profundas muescas e incisiones (Ermittia) y el propulsor (?) (Santimamiñe), aunque éste ya se documenta en un ejemplar del Magdaleniense inferior tardío del Castillo.

Estos conjuntos representan el inicio de la secuencia con arpones en el Cantábrico, desarrollándose ésta a partir de aquí sin solución de continuidad, como ponen de manifiesto las características industriales y la temprana datación del Magdaleniense superior de Tito Bustillo. En términos cronoestratigráficos se trata de un horizonte tardío (equiparable a los IV-V clásicos) en el ambiente frío y húmedo de finales del Dryas antiguo, con dataciones coetáneas o ligeramente más recientes que las del Magdaleniense medio pirenaico<sup>69</sup>. Desde otro punto de vista, sin embargo, la existencia de niveles como Abautz parece demostrar que al menos en lo relativo al utillaje lítico, los elementos que caracterizan el complejo con arpones del Dryas antiguo Ic (y después los del Dryas medio) ya estaban constituidos tempranamente, en una de las facies del Magdaleniense inferior cantábrico. Ello parece apoyar, indirectamente, la hipótesis de A. Moure sobre el origen del Magdaleniense superior cantábrico como una derivación del medio clásico<sup>70</sup>, aunque con el matiz del desarrollo local del proceso en el ámbito cántabro-pirenaico.

<sup>67</sup> CORCHÓN, S.: *La azagaya de base aborquillada en el Magdaleniense cantábrico: Tipología y encuadre cronológico*, «Hom. al Prof. Almagro» I, Madrid 1983, pp. 219-230.

<sup>68</sup> En Las Caldas se encuentran protoarpones en todos los tramos del nivel magdaleniense (n. 2 de la secuencia estratigráfica general): subniveles III, V, VI, VII, tres protoarpones aplanados de una hilera de dientes, 1 protoarpón aplanado de doble hilera de dientes de gran tamaño (204 × 12 × 5 mm.); colección en estudio. Igualmente se menciona uno en el Abrigo de La Viña, que nos fue amablemente mostrado por el Dr. Fortea en el curso de las excavaciones, cf. del mismo: *Perfiles recortados del Nalón medio (Asturias)*, «Hom. al Prof. Almagro», I..., p. 350. Los de Ermittia cf. en: BARANDIARÁN, I.,-UTRILLA, P.: *Sobre el Magdaleniense de Ermittia (Guipúzcoa)*, «Sautuola», I, 1975, fig. 10.

<sup>69</sup> 13.400 ± 150 BP en Las Caldas, cf. JORDÁ,-FORTEA-CORCHÓN, o.c., pp. cit. Nuevas dataciones aún inéditas, cuyos

La fase fría del Dryas medio está bien representada en Morín y Tito Bustillo, pero en cambio no hay evidencias netas del Bölling centroeuropeo en los niveles magdalenienses locales (aunque podría estar marcado en el hiatus erosivo detectado entre los niveles 3 y 2.3 de Rascaño. El desarrollo ulterior y la cronología de este Magdaleniense, crecientemente frío y húmedo, está bien definido en la serie Rascaño 2.3 y 2.1 (datos, respectivamente en 12.896 y 12.282 BP, éste ya Magdaleniense final). También la mitad inferior del Magdaleniense final de Ekain (n. VIb, datado en 12.050 BP) se sitúa a finales del Dryas medio, con importantes procesos criocásticos y un acusado descenso en la tasa de arbolado que marcan el momento más riguroso de la secuencia magdaleniense<sup>71</sup>.

Al avanzar el Magdaleniense superior los datos abundan más. El paso del Dryas medio al Alleröd está marcado en la serie polínica del Pendo (tramo Magdaleniense superior-final). Esa transición explicaría también las diferencias entre los niveles 3 y 2 del Otero (inicialmente clasificados como Magdalenienses V y VI), éste ya con fauna marina templada; y también se relacionan con la manifestación local del Alleröd la presencia de una fauna malacológica templada de La Chora<sup>72</sup> y la existencia de discordancias erosivas entre algunos niveles del Magdaleniense final y el Aziliense (Rascaño). En algún caso, sin embargo, se señalan manifestaciones muy precoces del Aziliense, como en Ekain donde la base del mismo (n. V) se sitúa en el Alleröd aunque el techo ya pertenece al Pre-Boreal<sup>73</sup>. Pero en la generalidad de los yacimientos el Aziliense es más tardío, coincidiendo con las condiciones frías e ini-

resultados nos han sido comunicados verbalmente por el Prof. J. Evin rebajan ligeramente estos primeros resultados, situando globalmente el tramo entre 13.400 y 13.000 BP.

<sup>70</sup> MOURE, A.: *Excavaciones en la cueva de «Tito Bustillo»*, Oviedo 1976, p. 142.

<sup>71</sup> LAVILLE, H.-HOYOS, M.: o.c., pp. 209-210. ALTUNA, J., et alii: *El yacimiento prehistórico de la cueva de Ekain (Deba, Guipúzcoa)*, San Sebastián 1984, p. 44.

<sup>72</sup> LEROI-GOURHAN, Atl.: *Análisis polínico del Pendo*, en: «El yacimiento de la cueva de «El Pendo»...», pp. 265-266. GONZÁLEZ ECHEGARAY, J.-GARCÍA GUINEA, M. A.,-BEGINES, A.: *Cueva del Otero*, «E.A.E.», Madrid 1966, pp. 57-60, y los análisis de la fauna en MADARIAGA, B., en el mismo lugar, pp. 48 y 66-70.

<sup>73</sup> ALTUNA et alii: *El yacimiento prehistórico de la cueva de Ekain...* pp. 63 y 348.

cialmente secas del Dryas reciente, más húmedas al avanzar la secuencia (n. 1 de Rascaño; El Cierro y La Riera con dataciones de 10.710 y 10.340 BP, respectivamente). Incluso en el País Vasco, a pesar de la apuntada precocidad del Aziliense, en lugares como Urtiaga el Magdaleniense final parece perdurar prácticamente durante todo el Dryas reciente (la parte superior del n. D, con abundante fauna de ciervo, además de rebeco y liebre ártica, ha sido datada en 10.280 BP) siendo el Aziliense más tardío (8.700 BP, ya en el Pre-Boreal)<sup>74</sup>.

Desde el punto de vista del equipamiento industrial, el rasgo que más sorprende del complejo magdaleniense con arpones a partir del Dryas medio es su falta de homogeneidad, rasgo destacado frecuentemente por la investigación. Por una parte, industrias como Tito Bustillo, el n. 3 del Otero o el 2.3 de Rascaño se relacionan estrechamente con las del Magdaleniense con arpones primitivos de finales del Dryas antiguo. Son utillajes laminares enriquecidos en buriles (especialmente de ángulo y sobre rotura) cuyo índice duplica o triplica al de raspadores, con raspadores en extremo de hojas retocadas muy representativos y muy pocos altos. Esa continuidad está marcada también por la abundancia de hojas retocadas, algunas de ellas auriñacienses, y por el variado componente perigordense (entre 20-30 %) que incluye Gravettes, microgravettes, hojas de borde rebajado y numerosas truncaduras, así como por el moderado índice de microlitos del que únicamente destacan las hojitas de dorso. Esporádicamente se encuentran útiles típicos del Magdaleniense final (algún buril pico de loro, triángulos y trapecios en Tito Bustillo o puntas azilienses y pedunculadas tipo Teyjat en Rascaño), pero siempre en proporciones mínimas.

<sup>74</sup> Pero hay que tener en cuenta, como apunta ALTUNA, que en este yacimiento la transición Magdaleniense final-Aziliense es insensible, y dado lo temprano de la excavación es posible que el nivel aziliense, en realidad, abarque la parte superior del n. D con lo que el Aziliense no sería tan tardío como se supone tradicionalmente, cf. en *La faune des ongulés du Tardiglaciaire en Pays Basque et dans le reste de la région cantabrique*, en «La fin des Temps Glaciaires...», pp. 81-96.

<sup>75</sup> Este arpón, conservado en el Museo de Santander y signado por Carballo («Moril») procede de los primeros sondeos de éste en el yacimiento (al igual que la colección del Museo Arqueológico Nacional, también de características tardías), y aparece recogido en el Catálogo de los fondos de dicho Museo, redactado por M. A. García Guinea y J. González Echegaray en 1963. No obstante, este último investigador considera poco segura su

procedencia, analizando las vicisitudes que rodean a la incorporación de esta pieza a la colección, cf. en *Cueva Morín...*, p. 207 y ss. Este arpón, con el resto de la colección que lo acompañaba fue reproducido en nuestra tesis doctoral, *Arte mueble paleolítico de la región cantábrica*, Salamanca 1981, Lám. 152: 6 de nuestro Catálogo final (vol. III). Los recientes trabajos de la Riera en: STRAUS, L.-CLARK, G. et alii: *Excavaciones en el cueva de La Riera (1976-79) Un estudio inicial*, «Trabajos de Prehistoria», 40, 1983, pp. 9-57.

Sin embargo, en la misma área se encuentran otras industrias supuestamente contemporáneas con una estructura tecnomorfológica diferente (n. 2 de Morín, n. B de Cueto de la Mina, La Riera). Ahora predominan los raspadores, hay un elevado número de tipos altos (nucleiformes y auriñacienses) y están equilibrados los buriles diedros y los de truncadura. Los elementos de borde rebajado no abundan, pero las hojitas de dorso bastan para elevar el índice perigordense por encima del auriñaciense. La presencia de un arpón de doble hilera de dientes en las antiguas excavaciones de Morín (y se menciona otro en las modernas de La Riera)<sup>75</sup>, así como de disquitos y unguiformes en Cueto de la Mina no han sido argumentos suficientes para rejuvenecer la clasificación de estos niveles con arpones de una hilera de dientes comúnmente. Del mismo modo, la estructura lítica del Magdaleniense A del Castillo, recientemente publicada, es de características intermedias entre ambas facies locales, aunque con un componente auriñaciense muy acusado; pero la industria ósea, variada y rica en tipos, incluye arpones muy especializados aunque de una sola hilera de dientes más próximos a los tipos del Magdaleniense final que del V clásico<sup>76</sup>.

Al respecto, hay que recordar que si bien no se encuentran arpones de doble hilera a comienzos del Magdaleniense superior, los de hilera simple abundan siempre e incluso son más frecuentes que aquellos en los niveles más recientes<sup>77</sup>. Y también conviene valorar el dato de que se encuentran arpones primitivos o protoarpones de doble hilera de dientes desde el Dryas antiguo (Ermittia, Caldas)<sup>78</sup>. Parece lógico suponer por ello, que una vez creado el tipo *arpón* las variaciones en el desarrollo de los dientes (incipientes o, por el contrario, destacados y

procedencia, analizando las vicisitudes que rodean a la incorporación de esta pieza a la colección, cf. en *Cueva Morín...*, p. 207 y ss. Este arpón, con el resto de la colección que lo acompañaba fue reproducido en nuestra tesis doctoral, *Arte mueble paleolítico de la región cantábrica*, Salamanca 1981, Lám. 152: 6 de nuestro Catálogo final (vol. III). Los recientes trabajos de la Riera en: STRAUS, L.-CLARK, G. et alii: *Excavaciones en el cueva de La Riera (1976-79) Un estudio inicial*, «Trabajos de Prehistoria», 40, 1983, pp. 9-57.

<sup>76</sup> CABRERA, V.: *El yacimiento de la cueva del Castillo*, Madrid 1984, pp. 358 y ss.

<sup>77</sup> MOURE, A.: *Problemas generales del Magdaleniense superior...*, pp. 365-366.

<sup>78</sup> Cf. en Nota 68.

angulosos) o su disposición (una o dos hileras de dientes incipientes y paralelas al eje mayor del fuste; o bien más destacados y tangenciales al mismo, y finalmente angulosos y netamente separados de aquél) no sean otra cosa que adaptaciones locales, sujetas a variaciones en función del tiempo y del espacio. Ello no está en contradicción con el dato objetivo de que la *tendencia* de esas variaciones se orienta hacia el desarrollo de una serie de especializaciones (dientes angulosos, protuberancias basales, perforaciones o anillos) que, globalmente, son características del final del Magdalenense.

El resto de la industria ósea es homogénea y poco variada en todos los conjuntos anteriores al Magdalenense final. Predomina un tipo de azagaya de bisel simple o doble estriado, frecuentemente acanalada (C. Mina, Riera, Castillo), y en los mismos niveles se encuentran otras biapuntadas de sección circular y base cónica o piramidal. Como novedad, cabe citar en El Castillo un tipo regional de fina punta doble con el fuste surcado por 6 a 8 finas acanaladuras longitudinales. Otros objetos como el punzón de base pedunculada-recortada, las varillas semicilíndricas con estriación técnica ventral (Tito Bustillo) o lisas (Otero), los micropunzones, tubos, bastones, etc., son comunes a toda la secuencia con arpones. De la colección Morín (del M.A.N.) destacan los robustos cinceles decorados con representaciones estilizadas (cerviforme y capriforme) y con incisiones anchas en disposición alternante o con profundos surcos; esta técnica del surco ancho y la citada disposición de los trazos lineales constituyen nuevos argumentos en favor de una clasificación tardía del conjunto, ya que sólo abundan en el Magdalenense final (cantábrico y aquitano).

El final de la secuencia se conoce con aceptables referencias estratigráficas en el País Vasco (Aitzbitarte, Urriaga, Ekain), en Santander (Otero, Rascaño) y en un yacimiento occidental (La Paloma)<sup>79</sup>. Son utillajes de pequeña talla y de características clásicas: neto predominio del buril sobre el raspador y de los diedros sobre los de trancadura, abundantes raspadores en extremo de hojas retocadas y sobre lascas cortas de tipo unguiforme. Tipológicamente representan un empobrecimiento respecto de la facies anterior rica en buriles, lo que se traduce en

una peculiar monotonía y escasez de tipos, destacando sólo algunas hojas retocadas y las piezas de borde rebajado o trancadura. Únicamente se enriquece notoriamente el componente de microlitos, que llega a alcanzar la cuarta parte del total, particularmente las hojitas de dorso y puntas azilienses, e incluye algunos segmentos (Urriaga, Ekain) (cf. Cuadro II).

Pero al igual que ocurría anteriormente, junto a éstas se encuentran otras industrias (La Chora, El Pendo, Sofoxó, Collubil, Bricia) que también caracterizan el Magdalenense final, aunque en un sentido diferente. Son conjuntos que se relacionan tipológicamente con la segunda de las facies anteriormente descrita, con elevados índices de raspadores (casi el 40 % en La Chora) tanto voluminosos a modo de toscos aquillados y sobre lascas discoides como tipos pequeños en extremo de hojas simples o retocadas y abundantes disquitos. Los buriles diedros son muy numerosos, y estas industrias comportan también índices elevados de hojitas de dorso y de puntas azilienses. Se trata, en suma, de una estructura industrial muy próxima a la del Aziliense.

En el Magdalenense final, por otra parte, se desarrollan ampliamente la industria ósea y el Arte mueble, diversificándose los tipos y decorándose una elevada proporción de objetos de todas las categorías. Los arpones son muy variados en formas y dimensiones, de una o dos hileras de dientes angulosos y destacados, y son ya útiles muy especializados con marcas técnicas en el arranque y ápice de los dientes, con una abigarrada decoración en el fuste y protuberancias o perforaciones basales. Pero lo característico de estos conjuntos no son los arpones sino el gran desarrollo de las azagayas. Se encuentran cuatro tipos que son, en orden de frecuencia: la *azagaya biapuntada*, la de *doble bisel estriado*, la *monobiselada*, y la de *doble aplastamiento basal*. La primera, piramidal o cónica, posee incisiones anulares (Valle, Pendo, Paloma, Lloseta) o acanaladuras longitudinales (Paloma, Pendo, Valle, Urriaga). La segunda muestra diversas modalidades: circular, oval (Paloma, Chora, Urriaga) o subcuadrangular con profundas acanaladuras y estriación técnica cruzada (Paloma, Pendo). La tercera es más escasa y posee estriación oblicua simple

<sup>79</sup> Las características tecnomorfológicas, líticas y óseas, artísticas y la bibliografía de estos conjuntos se detallan ampliamente en CORCHÓN, S.: *Arte mueble paleolítico cantábrico*

*co: contexto y análisis interno* (en prensa), Capítulo I, pp. 80 y ss.

(Pendo, Urtiaga, Aitzbitarte), constituyendo el tipo-base de toda la secuencia magdaleniense; una modalidad muestra perfil carenado y la estriación técnica extendiéndose por los laterales y dorso junto a la base, así como un ancho surco ventral (Paloma, Sofoxó). Otra variante excepcional es la de aplastamiento terciado simple o estriado (Pendo, Urtiaga, Collubil). El cuarto y último tipo también está presente en el área desde los inicios del complejo con arpones, pero sólo es abundante a finales del mismo; en algunos casos muestra recortes basales, a modo de surcos, que seguramente mejoraban su operatividad (Sofoxó, Collubil).

También merece ser destacada una creación original del Magdaleniense final local: el bastón perforado plano, de dorso convexo y perforación simple o doble (Pendo, Chora). Por otra parte, es característica de esta etapa terminal la actualización de tipos anteriores (varillas cuadrangulares y semicilíndricas con estriación ventral y decoración compleja dorsal; robustos cinceles ovales o cuadrangulares con profusa decoración, como los del Valle, Pendo y Morín, así como ejemplares aislados de azagayas ahorquilladas en Valle y Paloma), todos los cuales se habían ratificado extraordinariamente después del horizonte con arpones primitivos.